





OBRAS COMPLETAS

DE

MISTRESS BENNET.

TOMO VIII.

ROSA,
Ó LA NIÑA MENDIGA
Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO IV.

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1819.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Príncipe.*

****

ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

La situacion solitaria y romancesca de la cabaña de Donald Ferguson fue probablemente el principal motivo que tuvo Mistress Walsingham para establecerse allí, y el elegante adorno con que la decoró patentiza claramente la necesidad que tenia de distraer sus penas secretas, dedicándose á hermosear su morada. Los caminos que habia abierto alderredor de la cabaña habian probablemente amontona-

do la tierra al pie de las peñas, en que se apoyaban las paredes de la nueva casa; y como esta parte no tenia la solidéz que aquella en que tenia sus cimientos la antigua cabaña, habia cedido á la violencia de las aguas, dejando un abismo profundo lleno de agua, en cuya superficie se veían flotar confusamente libros, papeles de música, mapas geográficos y otros diversos trastos, que probaron al Doctor que su dueño era una persona de clase algo distinguida; pues ninguna relacion tenian con los muebles que habia en la parte de la cabaña, que aun se conservaba. Un legajo de papeles habia llamado su atencion antes de que pensase socorrer á la pobre Janet, que se olvidó enteramente de cogerle cuando Rosa le hizo vivas instancias para que volviera á subir á la roca, y fuese á una caba-

ña que habia á la entrada del valle á dos millas de distancia, donde vivia una pobre viuda con sus dos hijos. El Doctor se apresuró á obedecer, y poco despues volvió acompañado de aquellas buenas gentes, que ignoraban del todo la desgracia sucedida á su infeliz vecina.

La terrible rapidez de las corrientes de agua, que se precipitaban de lo alto de la roca al rio, habian arrastrado todos los escombros del Burnseede, llevándolos al Océano, y aunque la inundacion se habia extendido hasta los valles de Castle-Gowrand, los habitantes de las cabañas comarcanas ignoraban absolutamente la terrible catástrofe de que el Doctor les dió la primera noticia; pero apénas se instruyeron de ella cuando todos acudieron á ofrecerse á la pobre Janet, llorando amargamente la pérdida

del desgraciado Donald, y la de aquella buena señora, bienhechora de todos.

Interin que el Doctor se empleaba en socorrer á la anciana no oyo alderredor de sí otra cosa que lamentos sobre la suerte de la buena señora del Burnseede.

"Ahora bien, decia él entre sí, ¿esa buena señora no tenia consigo un hijo, o un hermano que la acompañaba en su soledad, y adoraba á Rosa?

En fin, el Doctor, despues de haber sangrado á Janet, haber dado dinero á la viuda para que la llevase consigo á su cabaña, y declarado que tomaba á su cargo la asistencia de aquella deplorable madre, cogio la tremula y fria mano de Rosa, que lloraba amargamente, y se encaminó á Castle-Gowrand, oponiendose a un movimiento que hizo Rosa para volver atrás, cuando la desgraciada Janet,

no mirando á su lado nadie que conociese, empezó á gritar llamando á Donald su querido hijo, á Anita, su pobre Anita, y á la buena Mistress Walsingham.

Solo con mucha dificultad podia sostenerse Rosa sobre sus piernas, aunque apoyada, y casi llevada enteramente por el Doctor. En los intervalos en que el cansancio y el exceso de su dolor la obligaban á detenerse, lanzaba gritos interrumpidos con exclamaciones dolorosas, que daban á entender al Doctor que la única causa de su pena era la pérdida de una muy querida amiga. Este descubrimiento hizo desaparecer todas las sospechas que habia concebido, y durante la última parte de su camino, habiendo calculado Rosa que era imposible que su desgraciada amiga hubiese podido libertarse de una inun-

dacion que dejaba rastros tan crueles, sucumbio al peso de su acerbo dolor, y el Doctor la llevó casi sin conocimiento hasta el vestíbulo de Castle-Gowrand, y la entregó al cuidado de Jenny, despues de lo cual volvió al cuarto de Mistress Buhanum, donde se sorprendio no encontrando á nadie.

Mr. Alejandro Frazer, que participaba de la repugnancia que su bella huespeda tenia á la alcoba del enfermo, la habia convidado á distraerse de sus penas, acompañándole á jugar á los dados; pero á pesar de la inocencia de semejante ocupacion, ni uno ni otro se alegraron de ver al Doctor.

Éste al entrar en la sala apénas reparo ni en la mesa de juego, ni en la confusion de los dos jugadores, y conto con su laconismo ordinario la catástrofe que acababa de presenciar, pi-

diendo consejo á Mistress Buhanum sobre el modo de transportar aquella desgraciada criatura, que era la única que se habia salvado de la destruccion del Burnseede, á paraje mas cómodo que la miserable cabaña donde la habia depositado.

Sin embargo, como aquella cabaña era bastante aseada, y la viuda á quien pertenecia tenia la opinion de la mejor muger del mundo, y como ademas el Doctor la habia provisto de lo necesario, para asistir á Janet, este paraje mas cómodo que el Doctor queria no podia ser otro que Castle-Gowrand; y tal vez el buen hombre, juzgando de las sensaciones de Mistress Buhanum por las suyas, creía que ella iba á ofrecer su proteccion á la pobre Janet, concediéndola un asilo en su quinta: pero él conocia muy poco el corazon de aquella á

quien intentaba conmover.

La única respuesta de Mistress Buhanum fue tirar fuertemente del cordon de su campanilla, y preguntar al criado que se presentó, si el Mayor habia dado su paseo acostumbrado la mañana del dia en que le acometió el accidente. El criado respondió que aquella mañana y toda la noche anterior habia sido tan fuerte la tempestad que él y sus camaradas ignoraban si el Mayor habia salido; pero que sin embargo uno de los hijos de la viuda Jonsthon, que habia acompañado al señor Doctor y á Rosa á la quinta, acababa de decirle que la mañana de la tempestad habia encontrado al Mayor desmayado en el camino del Burnseede, y que llegándose á socorrerle le habia conducido despues á Castle-Gowrand, entrando por las caballerizas, sin ser vistos de los

criados; que el Mayor despues de haberle dado un scheling, le mandó que se marchase, y que en efecto lo hizo despues de haberle visto subir la escalera de su cuarto.

"Ea pues, dijo Mistress Buhanum, todo esto es un suceso dirigido por la Providencia."

El Doctor se sorprendió al oir semejantes razones.

"¿Mr. Frazer, no habeis oido nunca hablar de mis pesares?" dijo Mistress Buhanum, sacando su pañuelo; y Frazer por un movimiento de simpatía ó de urbanidad se creyó tambien obligado á sacar el suyo.

"La pobre criatura hubiera perecido sobre la roca de que la hemos sacado, dijo el Doctor, á no ser porque:::" — "¡Una roca! exclamó desdeñosamente Mistress Buhanum. Ese todavia es un lecho demasiado blando

para esas gentes despreciables."

Esta sentencia tan dura confundió al Doctor; mas él habia oido las sensibles exclamaciones de Rosa, sabia de su boca que la pobre Janet era la mejor muger del mundo: todavia vibraban en sus oidos los lastimeros ayes de aquella desgraciada; creía todavia oirla llamar á Donald, Donald, su infeliz hijo; y conmovido con este recuerdo, lanzó una mirada de desprecio á Mistress Buhanum, y salió de la sala mas de prisa que habia entrado, precisamente en el momento en que aquella señora iba á contarle las injurias y las atrocidades de que habia sido víctima, y que la Providencia acababa de castigar de un modo tan visible.

Apenas salió el Doctor cuando sonaron en la quinta unos gritos alegres. Emma corrio á buscar á su madre,

y la contó que el Mayor habia recobrado el uso de su lengua, y su mano derecha. Mistress Buhanum, seguida de Mr. Frazer, volo á la alcoba de su marido, se arrojó á sus brazos, y le abrazó con el mayor cariño, á pesar de las ofensas que acababa de contar hacia pocos minutos.

Por las lívidas mejillas del enfermo corrian lentamente las lágrimas, y exhalo un suspiro tan profundo y tan triste que parecia ser el último esfuerzo de la naturaleza moribunda. Su muger, sus hijos y Mr. Frazer rodeaban su lecho; el los miro melancolicamente, como si buscase otra persona alderredor de si, y despues dando otro profundo suspiro cerro nuevamente los ojos.

La enfermera, que era una muger prudente, reclamó con viveza sus derechos de manejar al enfermo mientras

la ausencia del Doctor, diciendo que las sensaciones demasiado fuertes podian destruir aquellos síntomas favorables; que la mayor tranquilidad era en aquel momento mas necesaria que todas las medicinas: pero la alegria de Mistress Buhanum y de sus hijas era tan estrepitosa, que la enfermera tomó el partido de salir de la alcoba, é ir en busca del Doctor.

La conciencia del Mayor Buhanum no tenia ningun pliegue secreto donde pudiese refugiarse el amargo remordimiento de una mala accion; sus últimos instantes no estaban acibarados por el deseo demasiado tardío de tener alguna culpa que reparar; pero sin embargo, no era insensible á la proximidad del fatal y solemne momento que creía inevitable: humedecio con sus lágrimas las mejillas de su esposa, se le recordo en su memo-

ria tal como habia sido antes que su vanidad y su insensata conducta la hubiesen desfigurado, apretó sus frios labios contra los de ella, bendijo á sus hijos, se informó de Kattia, y despues de haber dado un profundo suspiro preguntó á Emma donde estaba su amiga.

Rosa, á pesar de las órdenes que Jenny habia recibido del Doctor de dejarla descansar tranquilamente, habia sabido la feliz nueva por la alegría estrepitosa de aquella muchacha, y fue volando á la alcoba del Mayor.

"Bendecidme tambien á mí, exclamó ella: sí: bendecid á vuestra agradecida Rosa."

El profundo ¡ay! que lanzó entonces el Mayor, y las lágrimas que inundaron sus mejillas cuando alargó la mano que podia mover, renovaron en el corazon de Rosa las angustias

que habia olvidado en aquel momento, ocultó su rostro, y no podia contener sus lágrimas. Su alegría al ver la feliz crísis que acababa de experimentar uno de sus amigos, no era posible que borrase el recuerdo desconsolador de la pérdida de otro.

"Acercaos, Rosa," dijo el Mayor con una voz desfallecida.

La expresion melancólica y siniestra de su fisonomía, en la que parecia que ya la muerte habia grabado su sello, las lágrimas, que continuaban bañando sus mejillas, cubiertas con la mortal palidez, pruebas terribles (aunque silenciosas) de que la catástrofe del Burnseede le era conocida, causaron en Rosa un sentimiento tan doloroso, que se retiró á un rincon de la alcoba, se cubrió la cara con un pañuelo, y permaneció así embebida en el horror de sus recuerdos.

Despues de haber buscado inútilmente la enfermera al Doctor Cameron, volvió á su puesto de muy mal humor; mas con todo eso se encargó de suministrar al paciente ciertas drogas, que pareció surtian buen efecto. La turbulenta alegría de Mistress Buhanum se habia calmado desde que entro Rosa, y un profundo silencio reinaba en la alcoba, cuando le interrumpió el Mayor con una exclamacion en que prorrumpió al ver que entraba el Doctor.

La opinion de éste de transportar el enfermo á Edimburgo habia sido mas bien el resultado de su afectuosa solicitud para con un amigo, y la desconfianza prudente de su propio mérito, que de la esperanza de su curacion. Él habia aguardado una crísis feliz, sin esperar que fuese duradera, y así no se sorprendio, ni se

alegró tanto como Mistress Buhanum y Mr Frazer; pues sin embargo de que se alegraba, su gozo tenia todas las señales de equívoco: de modo que los labios temblaban, y las lágrimas humedecian sus mejillas; y mientras que Mr. Frazer manifestaba su regocijo con una porcion de palabras mas expresivas que las que acostumbraba, el Doctor apretaba callando la mano de su amigo.

Ademas del placer que experimentaba en ser conocido por el hombre que mas amaba y respetaba en el mundo, pensaba tambien que aquel lucido intervalo podria proporcionar al Mayor los medios de dejar mas bien ordenados sus negocios. Hacia algunos años que habia hecho su testamento: estos papeles estaban en Castle-Gowrand, y él le proponia hacer ciertas mudanzas, aprovechando sin

duda el momento en que pudiese hacer conocer sus intenciones.

Despues que le habia acometido el accidente habian llegado muchas cartas bajo su sobre, todas las que se habian depositado en una naveta de su escritorio; pues ínterin que habia alguna ligera esperanza de que recobrase el uso de sus facultades intelectuales, no se habia atrevido Mistress Buhanum á abrir aquellas cartas: el Doctor opinó que era llegada la ocasion de leérselas al enfermo, y recibir de él las mas circunstanciadas disposiciones sobre una familia, con la cual el mismo Doctor iba á tener tan inmediatas relaciones.

Mientras que hacia estas reflexiones, conoció que la mano del enfermo, que tenia cogida con una de las suyas, quedaba sin movimiento: sobresaltose con esto, le habló, pero

no recibió ninguna respuesta: se volvieron á mirarle aquellos melancolicos ojos, y le manifestaron, que si bien se conservaba la potencia de la memoria, habian vuelto á ser víctima de la paralísis el órgano de su lengua y todas las articulaciones de su cuerpo.

Entonces no fue tan silencioso el dolor del Doctor como lo habia sido su alegría: empezó á llorar, y sintió vivamente no haberse aprovechado del momento en que su amigo poseía el uso de sus facultades para hablarle de su testamento. Una dolorosa mirada del Mayor le dió á entender que la palabra *testamento* le habia chocado: hizo un esfuerzo para hablar, prónuncio algunas palabras mal articuladas, y cerró los ojos despues de lanzar un profundo suspiro; visto lo cual por el Doctor desahogó su corazon oprimido empezando á llorar de nuevo.

Mistress Buhanum sintió mucho mas que el Doctor lo poco que su marido habia conservado el uso de la voz, pues hubiera querido que él la hubiese confiado el cuidado de sus hijas, sin nombrarlas tutores para mirar por sus bienes; mas todos sus deseos fueron inútiles. Se veló con atencion aquella noche á la cabecera de la cama del enfermo, y á la madrugada se conoció que habia perdido enteramente la memoria. Entonces el Doctor, con una voz ahogada por los suspiros, declaró que no quedaba esperanza, y que aunque su desgraciado amigo pudiese vivir algunos dias, y aun algunas semanas, le eran del todo inútiles los socorros de la medicina. Sin embargo, el proyecto del viaje á Edimburgo estaba tan fijo en la mente de Mistress Buhanum, que insistió en que se realizase. Suponia

que la favorable crísis, que su marido habia experimentado, podria repetirse de un modo mas permanente; y añadia, que esto se podria esperar mejor cuando hubiese proporcion de consultar á los mas afamados profesores, y por consecuencia suministrarle remedios mas eficaces. La modestia del Doctor Cameron le impidió declararse contra un plan de que él habia sido autor, y así el viaje quedó resuelto; pero aunque no tuvo valor para contrarestar á la caprichosa Mistress; se decidió á cambiar el plan del viaje, que ella habia dispuesto con tanto arte. En virtud de esto la anunció que cedia su birlocho á Rosa, y que él ocuparia el lugar que la habian destinado en la litera con el Mayor y la enfermera.

Mistress Buhanum quedó sorprendida y descontenta; pero no juzgan-

do conveniente desagradar á un hombre, de quien probablemente iba á depender, consintió en lo que propuso; mas sin embargo no pudo disimular el disgusto que la causaba. El Doctor ni aun se digno conocerlo, y despues de haberla hecho una cortesía con bastante frialdad, se retiró á informar á Rosa del nuevo arreglo, aunque sin decirla que él habia sido el autor.

Rosa lo oyó con mucha indiferencia, y no le manifestó ningun agradecimiento; pues no solo no juzgaba molesto el caminar con el único amigo que la quedaba en el mundo, sino que aun experimentaba cierta dulce melancolía en consagrarle todos sus momentos, y en observar atentamente el aliento á veces natural, y á veces convulsivo, que aun animaba aquel hombre magnánimo, en quien ella ha-

bia siempre encontrado los cuidados de un padre y la terneza de un amigo. Así, pues, llevando su corazon despedazado por el dolor, sus ojos llenos de lágrimas, é incapaz de pronunciar una palabra, se retiró con precipitacion á su cuarto, para ocuparse en los preparativos de aquel triste viaje. Allí la asaltaroh mil recuerdos fúnebres, que la impedian pensar en sí misma, en su situacion presente, y en su suerte futura: no veía sino al Mayor moribundo y á la desgraciada Mistress Walsingham, á quien para siempre habia perdido.

Por la mañana temprano debia ponerse en camino la familia, y antes de que esto se verificase Rosa hizo que Emma la acompañase, y en el birlocho del Doctor fue á despedirse de Janet. Bajó ella sola, recomendó á la viuda Jonsthon que cuidase de

aquella pobre criatura, y la ofreció algunas guineas que la quedaban.

"No necesito dinero alguno, respondió la viuda, pues aun no he gastado nada del que me dió el buen Doctor."—"¡Hombre excelente! exclamó Rosa: ¡ah! yo os suplico Mistress Jonsthon, que cuideis mucho, mucho, de la pobre Janet."

Ésta, que estaba acostada, volvió sus muertos ojos, miró alderredor, y volvió á comenzar su cancion lúgubre; pero Rosa, incapaz de presenciar tan dolorosa escena, se precipitó en el birlocho, sintiendo no poder fijar por la última vez sus ojos en las ruinas del Burnseede.

CAPÍTULO II.

Al entrar Rosa en Edimburgo experimentó una de las mas dolorosas sensaciones que jamas habian despedazado su corazon. La vista de aquella ciudad, que habia atravesado en época mas favorable bajo la proteccion de un amigo tierno y sensible, no la presentaba ya sino la idea de un panteon, que bien pronto iba á recoger los últimos suspiros de aquel hombre tan bueno y generoso, que siempre la habia mirado con el cariño de un padre. Llegandó á Holy-Rood subio con Mistress Buhanum y su familia las gradas de una obscura escalera, pisada en otro tiempo unas veces por Reyes, otras por usurpadores, y la siguió atravesando muchas espaciosas galerías, hasta llegar á un

salon mal amueblado, donde la única cosa que alegró algo sus miradas fue un gran fuego que ardia en una antigua chimenea.

Sin embargo Mistress Buhanum encontró bien pronto varios objetos, que llamaron su atencion del modo mas agradable; y fue el sinnúmero de targetas y esquelas de convite que vió sobre una mesa. Esto probaba, que allí todo el mundo conocia á la bella Mistress Buhanum, todos habian oido hablar de su encantadora hija, y todos se regocijaban con la idea de verlas en Edimburgo; de modo que se apresuraban á felicitarlas por su llegada.

"¡Qué consuelo! exclamó Mistress mirando alegremente el pálido y melancólico rostro de Rosa: ¡que consuelo es tener tantos amigos en una ciudad tan deliciosa!"

Rosa contestó con un suspiro: su corazon era de piedra para todos los placeres, y no conocia mas que las penas y la sensibilidad. No podia lisonjearse de tener tantos amigos como Mistress Buhanum: apénas habia tenido un corto número de ellos: pero ¡ay! casi todos habian bajado sucesivamente al sepulcro, y no la dejaban mas que el doloroso sentimiento de una separacion eterna.

"No hay en Escocia muger alguna, prosiguió Mistress, que pueda lisonjearse de tener un grupo de amigos mas interesante que yo. Siempre he sido admirada de todos, excepto de mi marido; y bien recibida en todas las casas, ménos en la mia."

En aquel momento llegó la litera del enfermo, y el cuidado de transportarle á su cuarto ocasionó dificultades y ruido, que hicieron salir á

Rosa de su estupidez melancólica, y la separaron por algunos minutos de las targetas y cartas de cumplimiento de Mistress Buhanum.

Apénas se puso al Mayor en su cama, cuando llegaron los médicos que le habian visitado en Castle-Gowrand, y su decision fue enteramente conforme á la del Doctor Cameron; y cuando llegó Mr. Frazer con la hermosa Kattia ya su desgraciado padre no pudo conocerla.

Rosa volvió á ocupar su lugar á la cabecera de su amigo: el Doctor Cameron, en virtud de una atraccion irresistible, pasaba en la alcoba del enfermo todos los ratos que le dejaban libre las obligaciones de su carrera.

Ya no era necesario guardar silencio en aquella alcoba, pues el Mayor habia perdido para siempre la me-

moria; mas sin embargo el respeto á un estado tan deplorable, y el tierno reconocimiento de que Rosa y el Doctor estaban penetrados, los impedian levantar la voz en aquella lúgubre estancia, donde de un momento á otro podria sorprender sus ojos la imágen de la muerte.

En estos intervalos tan tristes fue en los que Rosa informó al Doctor de cuantas particularidades habian llegado á su noticia pertenecientes á la historia de la desgraciada Mistress Walsingham, y él tambien la dijo entonces que se habia encontrado el cadáver del pobre Donald Ferguson en el rio á una legua del mar.

Rosa no pudo contener su llanto oyendo esta horrible confirmacion de la desgracia de la respetable Janet, y manifesto su gratitud al Doctor por la bondad generosa con que habia

prevenido las necesidades de aquella infeliz.

Mientras que Rosa y el Doctor pasaban así el tiempo al lado del fúnebre lecho de su respetable amigo, era Mistress Buhanum el objeto de la admiracion general, y el asunto de todas las conversaciones. Kattia, que verdaderamente era hermosa, y habia llegado á aquella edad hechicera en que la naturaleza se desenvuelve, y despliega todas sus ventajas, adquirió bien pronto tal celebridad, que no se hablaba sino de ella: todos los hombres dirigian á Kattia sus brindis; y la gente del gran tono de Edimburgo sentia que la situacion del Mayor estorbase á la madre y á la hija ir á adornar sus brillantes concurrencias.

Mr. Frazer, cuyo atlético cuerpo estaba sostenido por una salud per-

fecta, que jamas se habia alterado, tenia el mayor empeño en sostenerse en el propio estado; es decir, que la alcoba de un enfermo era para él un objeto de disgusto, y se atemorizaba á la vista de la cama de un moribundo.

Si el Doctor Cameron creyó encontrar algunas relaciones entre su modo de sentir y el de la dulce y sensible Rosa, tambien Mr. Frazer podia lisonjearse con igual justicia de una perfecta semejanza entre su carácter y el de Mistress Buhanum, pues que sus gustos y antipatías eran precisamente unos mismos; así él no se apartaba de la esposa del Mayor: por la mañana la acompañaba en la mesa del desayuno, y por la noche en la del juego, igualmente que Kattia.

¿Como Mistress Buhanum, teniendo un amigo atento que la hacia pasar momentos tan agradables las ma-

ñanas y las noches, recibiendo convites de visitas de todos los Lores, Ladys y elegantes personas de la ciudad durante todo el dia, y entregándose á las mas dulces ilusiones en el espacio de la noche, ínterin que el sueño no cerraba sus ojos; cómo es posible, digo, que hubiese podido hallar un momento para observar la contínua asistencia del Doctor en la alcoba del enfermo, ni para manifestar á Rosa la gratitud por los afectuosos cuidados que tenia para con su moribundo amigo?

Rosa habia formado la mejor opinion del Doctor Cameron: amaba sus virtudes, y admiraba sus sentimientos: mas sin embargo algunas veces se hubiera reido de sus modales, si su corazon no se hubiese visto oprimido por el triste espectáculo que se presentaba á sus ojos. Su confianza y

su amistad para con el Doctor crecian por instantes; pero no conocia nada de su amor. Rosa no habia leido novelas, no sabia interpretar las miradas, los suspiros y las atenciones tímidas de un hombre bastante grande para ser su padre, como pruebas de una pasion, que por otra parte le era desconocida.

Con todo, el Mayor á pesar del fallo de los médicos habia pasado del termino fatal de algunas semanas desde su llegada á Edimburgo, y Mistress Buhanum y sus amigos, fastidiados de la seriedad que exigia la etiqueta, empezaron á creer que él podria ir tirando largo tiempo en aquel estado. El Doctor Cameron no fue de esta opinion; pero Mr. Frazer, así como la mayor parte de amigos y conocidos de Mistress Buhanum, decidieron que Kahia debia ser presenta-

da por su madre en la brillante tertulia de una señora principal, compuesta de todo lo mejor de la ciudad. Desde aquel dia ya no se pasó ni uno solo sin compromisos de la misma clase; y aunque la deplorable situacion del Mayor hubiese quitado á cualquier muger, menos á la suya, el gusto de entregarse á la sociedad, Mistress Buhanum y Miss Kattia se abandonaron sin freno á las diversiones. Indignado el Doctor Cameron á vista de esto, las hizo primeramente algunas reconvenciones, luego censuro su conducta, y acabó hablándolas con aspereza; pero la madre y la hija, demasiado enagenadas con los tributos que se ofrecian á sus gracias, no daban oidos á cosa que pudiese contrariar sus gustos. Los convites y las nuevas amistades se sucedian con tal rapidez, que era casi imposible preveer dónde po-

dria hallárselas; mas sin embargo un criado llego á encontrar á Mistress Buhanum en un baile, donde danzaba con su alegría ordinaria, y le dió la fatal noticia de que acababa de espirar su amo.

Aquel mismo dia la habia recomendado eficazmente el Doctor Cameron que rehusase el convite de aquel baile, anunciándola que dentro de pocas horas ya no existiria su esposo, y el padre de sus hijas, á lo cual ella habia respondido, que con mucho gusto seguiria sus consejos; mas que la era imposible dejar de asistir á aquella funcion en casa del Lord Maxwell, donde el Lord Aaron Horsemagog habia convidado á Kattia para que fuese su pareja, y donde tambien un señor inglés debia bailar con ella; pero que le daba su palabra de que al dia siguiente pasaria toda la mañana

á la cabecera del enfermo.

Mas la tal mañana no llegó para el Mayor, que espiró la noche antes en brazos de su amigo el Doctor Cameron, sin lanzar siquiera un suspiro, y despues de algunas convulsiones espasmódicas.

Mr. Frazer, á quien se envió á buscar, llegó precisamente á tiempo de dar el brazo á la viuda y á su amable hija, que se apeaban del coche del Lord Aaron.

Mistress Buhanum lloró con mucha gracia, y Mr. Frazer se aplicó su pañuelo á los ojos; pero ninguno de los dos estaban tan preocupados de su dolor, que olvidasen lo que es debido hacer en tales casos. Mr. Frazer empezó á consolarla: Mistress tomó un aire de resignacion: se arrojó sobre un sitial, donde tal vez pensaba desmayarse, si Kattia no se hubiera

anticipado cayendo á sus pies sin sentido al tiempo que iba á entrar en la alcoba de su padre. Apénas volvió en su acuerdo, cuando insistio en entrar en ella, á pesar de la negativa de su madre y de los consejos de Frazer; y esta inalterable resolucion hizo que los dos amigos se acordasen de que convenia tambien que ambos se presentasen en la sala fúnebre: así Frazer ofreció la mano á la viuda del pobre Mayor, y todos entraron juntos.

La enfermera, que ya no tenia que hacer nada con el que cuidaba, estaba ocupada en aplicar espíritus á las narices de Rosa, que estaba á los pies de la cama con un rostro tan pálido como el objeto inanimado que tenia á su vista. Emma y Jessy lloraban abrazadas al Doctor Cameron: el criado del Mayor, ocultándose el rostro con las cortinas del lecho, llo-

raba y suspiraba, y el hombre sensible y respetable, el mejor padre y el mejor amigo tendido sobre el lecho conservaba en su fisonomía la dulce serenidad de una alma virtuosa, que al desprendarse del cuerpo deja impreso en él el sello glorioso de su inmortalidad. Mistress Buhanum lanzó una rápida ojeada sobre aquella patética escena, dio un grito, se tapó la cara con las manos, y huyó á su cuarto, seguida de su camarera y de Mr. Frazer, que se apresuraron á socorrerla.

Kattia pálida y temblando se reunió al triste grupo que rodeaba la cama mortuoria, observó silenciosamente el rostro inanimado del mejor de los padres, y despues, cediendo á su dolor, se dejó caer de rodillas, extendio los brazos, y fue acometida de unas terribles convulsiones. Enton-

ces el Doctor hizo que la retirasen, y el mismo salió acompañado de Jessy, Emma y Rosa.

Nosotros correremos el velo sobre las demas tristes escenas que ocurrieron despues de la muerte del hombre mas respetable. Su cadáver fue trasladado con mucho aparato al lugar de la sepultura de su familia, acompañado de sus dos testamentarios, ínterin que la viuda se encerró en su cuarto para llorar, y pensar en sus vestidos de luto, dando las órdenes mas terminantes para que no entrasen á verla sino Kattia, su camarera, las mejores modistas, y las mas famosas costureras que hubiese en la ciudad.

Como Emma y Jessy se hallaban en el número de las excluidas, Rosa no tuvo motivo de resentirse de verse comprendida; pero cuando regresaron los testamentarios, la viuda, revesti-

da de toda su dignidad, y adornada con un elegante vestido de luto, bajó á la sala para oir el testamento de su marido. Rosa entró despues vestida con un traje negro hecho por ella misma, y acompañada de sus dos amigas. Iba á saludar á Mistress, pero la faltó la voz al ver que la viuda con un aire altivo y severo, despues de haberla mirado, la dirigió con aspereza estas palabras: "Miss, acordaos desde ahora para siempre que esta pieza, y la que está junto á ella, son sagradas para mí, que las reservo para recibir en ellas á mis amigas; y mientras que yo tenga la bondad de permitir que permanezcais en mi familia, tendreis la bondad de no presentaros aquí, manteniéndoos en los cuartos de adentro. Yo seguramente no pienso introduciros en mi sociedad, y espero que en adelante no

tendreís el atrevimiento de entrar aquí sin que os lo mande."

Emma, que quedó tan sorprendida como Rosa al oir semejante discurso, y que por otro lado no respetaba mucho á su madre desde que empezó á tener juicio para graduar su mérito, tuvo valor para preguntar si Jessy y ella debian tambien permanecer confinadas en las piezas interiores.

"Sí, Miss (respondió su madre), hasta que tengais edad de hacer visitas."—"¡Ah, mamá!"—"¿Y bien, Miss?"—"Nosotras no hemos venido á Edimburgo para hacer visitas," respondió Emma suspirando.

Ya sea que las lágrimas que entonces brotaron por los ojos de aquella amable niña hubiesen conmovido á su madre, o ya porque esta sintiese algun remordimiento de su con-

ciencia, lo cierto es que dió un tierno abrazo á ella y á Jessy.

Rosa, cualquiera que fuese la sangre que corria por sus venas, tenia todo el orgullo de una escocesa, y no hubiera consentido que una sola lágrima hubiese corrido por sus mejillas inflamadas por una justa indignacion. Mistress Buhanum no tenia ningun derecho á su gratitud, ni sentia ella en sí ningun deseo de amar ni respetar á una muger, que habia llenado de amarguras la existencia del mejor de los hombres; y así la saludó con dignidad, y se retiró, sin dignarse responderla una palabra, acompañada de sus dos amiguitas, que salieron abrazadas con ella.

"¡Dios mio! exclamó Kattia, que jamas se acordaba del respeto cuando hablaba á su madre, yo me admiro de que no hayais tenido vergüenza

de hablar de ese modo á Miss Buhanum, sabiendo cuán cariñosa y atenta ha sido para mi pobre padre."

Mistress Buhanum se conmovió de nuevo: llamó á Rosa, la rogó que se conceptuase siempre como aya de sus hijas, y que no viese en la conducta que acababa de tener con ella sino el efecto de unos motivos sugeridos únicamente por la prudencia.

Rosa la hizo una ligera cortesía, y se retiró á los cuartos que se la habian señalado.

"¡Oh, cielos! exclamó Jessy: ¡ojalá estuvieramos ahora y siempre en casa de Donald Ferguson, en el Burnseede, con nuestra querida Mistress Walsingham!"

Las lágrimas que el orgullo habia contenido delante de Mistress Buhanum salieron entonces con abundancia de los ojos de Rosa, y las dos ni-

ñas eran demasiado sensibles para continuar una conversacion, que causaba tanto dolor á su compañera. Ignoraban la terrible catástrofe del Burnseede; pero viendo que el nombre de Mistress Walsingham producia en Rosa el mismo efecto que el de su difunto padre, resolvieron no hablar de ello sino en sus conversaciones particulares de hermanas, y siempre concluían con esta exclamacion: "¡oh! ¡si estuviéramos en el Burnseede con nuestra querida Mistress Walsingham!...."

CAPÍTULO III.

Apénas salieron de la sala Rosa y las dos niñas, cuando el Doctor Cameron y Mr.ᵉ Frazer llegaron para leer el testamento. El primero despues de haberle abierto halló con gran sorpresa de los oyentes que habia otra persona añadida á los dos testamentarios, y que esta persona era Mistress Walsingham, cuyo nombre era tan odioso á la bella viuda.

Segun su opinion el Mayor Buhanum habia estado tan adicto á esta muger desconocida, tan apasionado por su sociedad, y tan dirigido por su opinion, que no habia podido menos de ser esto desagradable á una muger, que deseaba conservar el primer lugar en el corazon y la estimacion de su marido; pero en cuanto

á esta especie de confianza, que él manifestaba á su amiga, jamas la hubiese disgustado, si no se hubiese visto precisada á atribuir al influjo de Mistress Walsingham la frialdad de su esposo.

Entonces repitió lo que ya tenia dicho, que era una particular proteccion de la Providencia en su favor el que aquella odiosa muger no existiese en una epoca tan crítica: dio gracias á Dios, que la habia librado de ella, y rogó al Doctor que continuase la lectura del testamento, esperando que segun el cuidado que habia tenido el Mayor de reunir aquella aventurera á la tutela de sus hijos, se hallaria ella misma dependiente de la propia, y que pasaria el resto de su vida de un modo desagradable. ¡Pero cuál fue su sorpresa y su alegría al ver que aquel esposo, á quien en

cierto modo se complacia en atribuir toda suerte de malos procederes, habia asegurado su felicidad de un modo, que excedia aún á sus propias esperanzas! La dejaba cuatrocientas libras esterlinas anuales, pagaderas cada seis meses durante su vida, y de cuya suma ella podria disponer libremente: ademas la dejaba el usufructo de la quinta de Castle-Gowrand, y ciertas tierras adyacentes, hasta que la mas pequeña de sus hijas saliese de la menor edad, en cuya época debian pagársele cien libras esterlinas mas siempre que sus hijas ó sus esposos quisiesen aprovecharse de aquella quinta. El pago de esta última suma de cien libras no debia verificarse si pasaba á segundas nupcias, é igualmente se suspendian entonces todos sus derechos, á excepcion de las cuatrocientas libras esterlinas ar-

riba mencionadas. Señalaba á cada una de sus hijas setecientas libras esterlinas anuales para su alimento y educacion. El producto de los ahorros que él habia hecho en sus rentas, y que ascendia á cerca de novecientas libras esterlinas, debia igualmente distribuirse entre sus dos hijas, segun pareciese á sus tutores; y en fin, concluía su disposicion testamentaria con ciertas mandas á sus criados y á algunos amigos.

Como esto estaba escrito antes de que Rosa fuese presentada en su familia, no era extraño que allí no se encontrase su nombre; pero al abrir unos libritos de memoria, que los testamentarios acababan de traer de Castle-Gowrand, y sobre los que habian puesto sus sellos, encontraron la nota siguiente.

"Si fallezco antes de poder aña-

dir un codicilo á mi testamento, ruego á mis testamentarios, el Doctor Cameron y Mr. Frazer, que consideren como tal este escrito, y que paguen á Miss Rosa Buhanum quinientas libras esterlinas seis meses despues de mi muerte; y si ella se separase de mi familia, lo que espero no será tan pronto, es mi última voluntad que se añadan doscientas libras esterlinas á esta suma, independientemente de lo que pueda pertenecerla por la herencia de mi sobrino el Coronel Wallacio Buhanum.

A. Buhanum."

"Esto sí que extraño, dijo con enojo la viuda. ¡Á qué exceso mi pobre marido llevaba su cariño á esa muchacha! Ciertamente el legado del Coronel es bastante considerable para proveer á todas sus necesidades." —

"¿Habeis recibido alguna cosa de la herencia del Coronel?" preguntó Mr. Frazer. —"Nada, que yo sepa," contestó Mistress.

El Doctor Cameron dijo que no se admiraba de la parcialidad del Coronel y del Mayor para con Rosa, pues era imposible conocerla sin admirar su talento y amar sus virtudes.

Mr. Frazer observó que efectivamente era una buena muchacha, y Mistress Buhanum se mordió los labios.

La muerte del Mayor se hizo un suceso de consecuencia en Edimburgo. Los teatros, las academias de música y los bailes perdieron todo su brillo: no hubo ni siquiera un primo hasta los de último grado que se atreviese á presentarse en público hasta pasado un cierto tiempo. Los Buhanum estaban emparentados con las primeras familias de Escocia, y así el luto fue

general entre las personas mas distinguidas.

En Holy-Rood la etiqueta se hizo un objeto tan importante, que aunque Mistress Buhanum y Miss Kattia hubiesen arreglado el dificil punto de su duelo, sin embargo por espacio de quince dias despues de los funerales estuvieron demasiado ocupadas para recibir otras visitas que las de modistas y costureras.

Durante este tiempo Rosa, cuyo adorno ofrecia siempre el modelo del gusto y sencillez mas elegante, y que estaba acostumbrada no solo á hacer, sino á inventar sus trages, habia concluido el vestido de luto de ella y de sus dos compañeritas, y empezaba á cumplir en beneficio de éstas el cargo que igualmente la imponian la amistad y la gratitud; pero á pesar de su zelo en velar sobre las hijas de

su respetable amigo, pasaban sobre su abatido espíritu horas bien tristes. Acordábase de Castle-Gowrand, de los deliciosos paseos que la rodeaban, y despues su imaginacion se fijaba en el grato retiro del Burnseede, con lo cual brotaban sus ojos lágrimas de vivo fuego.

Castle-Gowrand estaba situado al pie de unas montañas, y en el valle mas hermoso de la Escocia. El Mayor siempre habia puesto todo su esmero en ordenar con gusto y alegría todo el terreno que poseía en aquellas inmediaciones.

Desde las ventanas de aquel respetable edificio se descubria un paisaje encantador. El sol al nacer alumbraba por un lado el rio, cuya tortuosa ribera, adornada de sauces, frutales y campos de labranza, se extendia hasta un bosque de abetos, cu-

yos árboles, agrupados de varios modos, unas veces brillaban sus agitadas copas con una luz agradable, y otras no presentaba á los ojos sino una sombra misteriosa. En seguida el astro luminoso, que prolongaba su curso hasta el seno del Oceano (el cual no distaba sino doce millas de la quinta), se descubria claramente desde una ventana gotica del cuarto en que vivia Rosa; y este espectáculo sublime habia sido siempre el objeto de su admiracion continua.

En el obscuro asilo donde ahora se la habia confinado jamas un rayo de sol alegraba su vista; pues de las dos mezquinas ventanas que tenia, la una daba á un patio, y la otra á la montaña de Calton. Unas antiguas zelosías, demasiado pesadas para poderlas mover con sus manos, la impedian ser vista, sin quitarla la pers-

pectiva de las yerbas y ramajos que habian crecido entre el empedrado del patio, que en otro tiempo estuvo lleno de una porcion de cortesanos; y por el lado de la montaña que desde allí se descubria estaba tan escarpada, que jamas la pisaba una criatura humana.

Perdiendo Emma y Jessy toda la paciencia al verse en una prision tan nueva y tan fastidiosa, iban algunas veces, á pesar de las advertencias de Rosa, á distraerse hablando con los criados. La autoridad de Rosa para con ellas se habia disminuido desde que dejó de sostenerla el Mayor, y así tenia todo el tiempo de reflexionar en las deliciosas mañanas de Castle-Gowrand, y en las tardes todavia mas agradables que pasaba en el Burnseede. ¡Qué sentimiento doloroso despedazaria su corazon cuando pensase

en el digno Mayor, en la nobleza y dulzura de su carácter, en la terneza encantadora de Mistress Walsingham, y en los tiernos cuidados que ambos la prodigaban! ¡Ay! ellos habian desaparecido para siempre. Un espacio terrible y misterioso mediaba entre ella y aquellos dos seres tan gratos á su corazon.

Cuando fatigado su espíritu por aquellas reflexiones melancolicas la obligaba á pasear sus ojos por el cuarto, á fin de distraerse, se la presentaban unos muebles tristes y antiguos, casi roidos por la polilla, unos tapices donde miraba ciertas figuras grotescas medio borradas por el tiempo, dorados llenos de humo, restos miserables de la antigua opulencia; y en fin, ciertos viejos cuadros colocados sin gusto alguno: de modo que todo servia para mas entristecerla.

Pesares tan vivos y recuerdos tan dolorosos como ocupaban continuamente sus horas solitarias, y la mayor parte de las noches, atacaron bien pronto su salud, y privaron á su encantador rostro de aquel aire de frescura que le habia dado el aire puro de Castle-Gowrand. "Es demasiado pálida para llamarla bella," dijo una vez Miss Mùshroom; pero si esta señorita la hubiese visto antes de la enfermedad del Mayor, acaso hubiera negado su belleza por una razon contraria. De cualquiera modo que fuese el estado actual de su espíritu la hacia efectivamente enferma. Desde su infancia padecia de desmayos, que casi llegaron luego á hacérsela habituales por la debilidad que provenia de su tristeza y de la falta de ejercicio. El Doctor Cameron notó con sorpresa é interés un estado tan temi-

ble. Dícese que la compasion es el lazo que une al hombre con sus semejantes; pero Mistress Buhanum no tuvo tiempo de probar la verdad de este axioma: habiendo sabido por Kattia la enfermedad de Rosa, se contentó con recomendar simplemente á su camarera que la asistiese en lo que necesitase; pues era imposible que una dama del gran tono, cuyo tiempo se hallaba empleado en tantas y tan agradables ocupaciones, tuviese un momento para pensar en los males de un ente aislado é inútil á sus placeres.

En fin, Rosa se decidió á comunicar al Doctor Cameron los motivos de su tristeza y las causas de su enfermedad: le hizo presente con viveza la imposibilidad de desempeñar su encargo respecto á las dos niñas segun el plan que Mistress Buhanum

habia establecido en su casa, y concluyó suplicandole que se interesase para que la diesen permiso de ir á pasar el estío en Castle-Gowrand acompañada de Emma y Jessy.

El Doctor no respondió palabra, sin embargo de que intentó mover sus labios: miró cariñosamente á Rosa, la hizo una profunda cortesía, volvió á su casa, escribió veinte billetes, que quemó unos despues de otros, volvió al dia siguiente á Holy-Rood, subió al cuarto de Mistres Buhanum, tocó el picaporte de su puerta; pero al momento de abrirle se retiró con precipitacion, se encerró en su casa, y al fin despues de cuatro dias de tormentos é incertidumbres envió á Rosa una carta, en que la ofrecia su corazon y su mano. Mientras que él temblando aguardaba el resultado de este paso, se mejoró algo la salud de Rosa,

y hubo alguna mudanza favorable en su situacion.

Un Domingo bajó Emma á la pieza donde estaban los criados, deseosa de encontrar sus distracciones ordinarias: iba vestida con un gracioso trage de luto, tenia con mucho gusto puestos sus cabellos, y el conjunto de su persona y adorno presentaba una figura sencilla, pero elegante. Mistress Buhanum, que casualmente la encontró cuando iba á entrar en dicha pieza, se sorprendió de verla, y bien pronto se presumió que solamente Rosa habia podido inventar un trage tan agradable, y que realzaba tanto la belleza de la niña. Mandó á un criado que fuese á suplicar á Rosa que viniese á hablarla, y con mucho cariño y urbanidad la rogó la hiciese el favor de instruir á su camarera en el modo de disponer un

vestido para ella y otro para Kattia enteramente semejantes al de Emma.

Complaciente Rosa por carácter condescendio al momento con las ideas de Mistress. La camarera llevó á su cuarto la tela; pero como dijese que tenia mil cosas que hacer, en términos que ni aun podia disponer de un cuarto de hora, Rosa la dijo que se marchase, se puso á la labor, y la acabó bien pronto, con tal gusto de Mistress Buhanum, que sucesivamente la encargó de sus sombreritos, chales, y en fin, de todos los adornos de ella y de su encantadora hija. Estas diversas ocupaciones llenaron tan bien su tiempo, que no tuvo lugar de entregarse á las reflexiones solitarias, y sus jovenes pupilas hicieron muchas y muy largas visitas en el cuarto de los criados.

La absoluta mudanza en los mo-

dales y conducta de Mistress, que hablando de esta pobre muchacha (antes el objeto de su odio) no la llamaba sino *mi querida Rosa*, hicieron al principio que estas tareas la fuesen agradables; pero cuando vió que apénas acababa una cosa cuando la mandaban otra, y que todo el dia no bastaba para satisfacer los caprichos y fantasías de Mistress, volvio á abandonarla de nuevo su valor, y la palidez de sus mejillas y abatimiento de sus ojos hablaron bien pronto un lenguage, que Mistress Buhanum no supo o no quiso entender.

La carta del Doctor Cameron hubiera podido lisonjear la vanidad de Rosa, si su corazon hubiese sido capaz de admitir este sentimiento; pero por el contrario no hizo mas que aumentar sus penas. La pareció que los pocos seres que habian tenido alguna

analogía con su corazon, ya que todos no se los hubiese arrebatado la muerte, al menos habian desaparecido de su vista. Mistress Harley habia respondido exactamente á todas sus cartas en un principio; mas la correspondencia que puede haber entre una jóven y una muger de edad presenta por un lado cierto aire de respeto, y por el otro cierto tono de seriedad, que coarta la amable franqueza y confianza absoluta, único atractivo de la correspondencia epistolar entre amigas separadas por mucho tiempo; ademas de que Rosa no habia sabido de la tal señora hacia mas de un año.

Eleonora Bawsky, aquella amada compañera de su infancia, cuyas frecuentes cartas y amistad inalterable hacian su mas dulce consuelo, habia cesado repentinamente de escribirla, y

ya hacia seis meses que ni una sola línea de su mano habia llegado á las de Rosa. Este silencio la inquietaba vivamente, temiendo la suerte que podria tener su amiga, y cada dia aumentaba nuevos grados á los demas pesares que despedazaban su corazon. La desgraciada Rosa, privada así de la comunicacion de todos los seres que la eran queridos, habia dirigido sus ojos al Doctor Cameron, mirándole como su única esperanza, y la carta que acababa de escribirla la quitaba tambien este único apoyo, porque la era imposible corresponderle jamas con la especie de sentimiento que exigia de ella.

Para colmo de desgracia su bolsillo, que estaba muy bien provisto cuando salió de Inglaterra, se habia ido disminuyendo por grados, y ya estaba casi vacío. La natural genero-

sidad de Rosa no la permitia entregarse á cálculos de precaucion, y aunque el Mayor la habia advertido que le avisase cuando la faltase dinero, y á pesar de que por tres veces la habia obligado á admitir un billete de diez libras esterlinas, la bondad de su corazon la habia hecho distribuir sucesivamente una gran parte de estas sumas en las cabañas de los pobres que habitaban las cercanías de Castle-Gowrand.

Mistress Buhanum era demasiado petimetra para saber arreglar sus gastos segun sus rentas; ademas era muy dada al juego, sin conocer las reglas, por lo cual perdia siempre: y aunque raras veces se dignaba honrar á Rosa con algunas pruebas de confianza, no por eso habia tenido reparo en enviarla á pedir con su camarera una ó dos guineas, cuando necesitaba dinero,

sin pensar en volvérselas cuando Rosa las necesitase.

La manutencion de las dos pupilas, cuyas mesadas en vida del Mayor se pagaban adelantadas, se hallaban enteramente á cargo de Rosa despues de su fallecimiento; y no teniendo espíritu para reclamar el pago de sus tutores, ella se halló en una penuria y necesidad desconocida desde que el Coronel Buhanum la habia tomado bajo su proteccion.

Es verdad que los ofrecimientos del Doctor la suministraban medios de evitar estos malos ratos; pero así como estaba dispuesta á concederle toda su estimacion, y á mirarle como un amigo, su corazon no podia sufrir la idea de una union mas íntima: contestó á su carta con franqueza; pero dió á su negativa un colorido

tan delicado, que acrecentó la pasion del buen Doctor, y animó su esperanza. Escribióla de nuevo insistiendo en su proposicion, á lo que respondió ella de un modo firme y positivo, añadiendo que creía necesario no volviese á verla, para no fomentar un sentimiento, al cual no podia corresponder: y así en adelante rehusó sus visitas.

Durante este tiempo se habia borrado de la memoria de Mistress Buhanum la imágen de su marido, como las ideas de un sueño penoso. La belleza de Kattia atraía á Holy-Rood los hombres de la clase mas distinguida que existian en Edimburgo, y aun los que pasaban por dicha ciudad; y las damas del gran tono eran perpetuas á su estrado.

Rodeada incesantemente de tan brillante tertulia dió una ojeada por los

herederos de las familias mas nobles, para fijar su eleccion en el que seria digno de poner á los pies de la bella Kattia sus títulos y caudales; pero la única dificultad era el acierto en la eleccion, y en tan delicadas circunscias juzgó necesario consultar á su fiel amigo Mr. Frazer.

Éste, orgulloso con las relaciones que le daban con muger tan célebre los negocios de que estaba encargado, y tambien vanagloriándose de ser tutor de la hermosa Kattia, habia ya deliberado por sí mismo sobre un objeto tan importante para él, cuando la bella viuda le preguntó con toda seriedad cuál de los tres marqueses, tres condes, y cuatro barones, que habia distinguido del grupo de sus tertuliantes, debia fijar su atencion para hacerle esposo de Kattia.

Á fuerza de maña é intrigas Mr.

Frazer habia llegado á representar cierto papel en el gran mundo, al cual se sentia vivísimamente inclinado. Se sostenia en tal estado mas por la herencia que le dejó su padre, que por el producto de su industria particular: era muy poco afecto á su profesion, de la que sacaba pocas utilidades, pues eran raros los negocios que acudian á su bufete. Sin embargo hacia todo lo posible para persuadir á todos de su importancia; y si el éxito no correspondia á sus esfuerzos, al menos no era culpa suya.

Teniendo pocos negocios y mucho tiempo de sobra, se declaró el mas celoso partidario de las artes, el mas apasionado admirador de la música, el discípulo de las musas, el exacto subscriptor á todos los conciertos, el abonado perpetuo de los teatros; y en fin, se le hallaba en cuantas partes

podia entrarse con dinero : mas este recurso debia acabársele tarde ó temprano, y entonces no tenia nada que le recompensase.

Mistress Buhanum era todavia una muger hermosa: tenia una casa brillante, la suerte de sus hijas estaba asegurada, y ademas gozaba de la admiracion de los mas ilustres personages de Escocia, á cuya sociedad daba Mr. Frazer la mayor importancia. Segun su opinion una sola carga pesaba sobre la hermosa viuda, y esta carga era Rosa, á quien no habia visto, y por la que ni siquiera habia preguntado despues que murió el Mayor; pero el preveía los medios de librarse de ella apénas lo juzgase conveniente. Pensó pues que como tenia poco caudal y pocos medios en comparacion de Mistres Buhanum, debia resolverse á ofrecerla su mano, apro-

vechando las ocasiones que de antemano preveía que podrian serla útil, y hacerla servicios bastante notables para empeñarla en oir su propuesta, sin temer una negativa demasiado humillante.

Entretanto Mistress Buhanum seguia siendo el objeto de la atencion general. Si acaso faltaba á las reuniones de George'sSquare, ó de New-Town, su ausencia era el motivo de la conversacion y de las quejas toda aquella noche. Los conciertos no eran verdaderamente agradables sino cuando ella y su encantadora hija estaban presentes: los palcos y asientos del teatro se llenaban cuando se sabia que ellas iban; y si se daba algun baile particular en la ciudad, la primera pregunta de los hombres era si Kattia estaba convidada: de modo que si la viuda y su hija no podian existir sin

funciones, tambien parecia que las funciones no podian brillar sin ellas.

La muerte del Mayor Buhanum se habia anunciado en todos los periódicos de Escocia, y Mistress se habia lisonjeado de que esta noticia no dejaria de traer á sus pies una porcion de pretendientes. Sin embargo su luto habia ya sufrido tres modificaciones sucesivas, sin que ningun mortal se hubiese presentado á pedir sus cadenas; ni tampoco alguno de los Lores, en quienes habia puesto los ojos para esposo de su hija, se habia anticipado á pedir el lazo que ella tenia preparado.

Mistress Buhanum no estaba mas íntimamente convencida del poder de las gracias de Kattia, que esta jóven estaba pagada de sí misma. Sintiendo la viuda las ventajas que habia perdido cuando dió la mano al Mayor,

antes de ser conocida en el gran mundo, lloraba sin cesar esta desgracia; y no es de admirar que la vanidad fuese el único sentimiento que animase el corazon de Kattia educada por tal madre. Ella recomendaba siempre á su hija que no diese oidos al amor sino de un Lord, y como esta órden estaba muy de acuerdo con los sentimientos de Kattia, se prometia una exacta obediencia.

Sin embargo, como ya hemos dicho, ningun Lord hablaba de matrimonio, aunque todo el mundo convenia en decir y pensar que Kattia Buhanum era una belleza perfecta. Esta conducta pareció bastante extraña á la viuda, y empezó á imaginar que mudando de teatro pudiera sacar algunas ventajas.

Desde aquel punto ya no se la figuraron como un desierto los encan-

tadores paseos de Castle-Gowrand. El conserge y su muger se habian enriquecido con el producto de una huerta, que en otro tiempo habia hecho todas las delicias del Mayor: allí sin embargo aguardaban á Mistress Buhanum mil placeres agradables; mas no habia Lores, ni tertulias brillantes, ni los bailes que se daban en aquellas inmediaciones podian compararse á los de Edimburgo.

Es verdad que habia recibido convites de casi todos los pueblos de Escocia; pero lo que mas deseaba era conducir á Kattia á alguna ciudad de Inglaterra, donde las aguas minerales atrajesen la mayor concurrencia: ademas era imposible permanecer en Edimburgo apénas se acabase la estacion de los placeres: de modo que se adhirió á un plan, que la pareció perfectamente combinado; pero habia

ciertos inconvenientes, que al principio se ocultaban á su penetracion, aunque bien pronto conoció su fuerza.

Despues de haber visto los testamentarios disminuirse rápidamente el caudal que el Mayor habia dejado, hicieron su cuenta; y viendo que aun tenian fondos, luego que hubieron arreglado todos los negocios de la herencia, consintieron en adelantar á la viuda el pago de un año de su pension.

Cuatrocientas libras esterlinas era una suma tan considerable en comparacion de las que antes habia manejado, que la creyó inagotable; pero se dió tanta prisa á gastarla, que desapareció con la mayor rapidez, y apénas pudo pagar las cuentas que sus acreedores la presentaron. Hallándose pues sin dinero, ¿cómo habia de emprender el viaje á Inglaterra?

Su familiaridad con Rosa habia crecido tanto desde que esta apreciable joven desempeñaba las funciones de costurera y modista, que no solo la habia pedido hasta el último escudo, sino que tambien algunas veces la pedia consejos.

Sin embargo, á pesar del buen humor de Mistress Buhanum, Rosa estaba muy distante de hallarse en una situacion agradable: su carácter complaciente la habia sumergido en un lago, de que la era imposible salir. La insaciable vanidad de la viuda cobraba cada dia nuevas fuerzas: no podia sufrir dos veces seguidas un adorno sin hacer en él ciertas variaciones, y esta ocupacion fastidiosa no era menos perjudial al espíritu que á la salud de Rosa. Algunas veces, cuando Mistress Buhanum no comia en casa, se iba á pasear á la montaña

Calton, y despues de haber trepado á su cumbre, donde á tales horas no hallaba un alma, contemplaba melancólica la sublime perspectiva, cuyas bellezas se habia entretenido en detallar aquel amigo, que siempre vivia en su corazon. "Sí, se decia ella, la desgraciada Rosa, sola, sin apoyo, extrangera en esta cadena social que une á los hombres entre sí, conoce con gratitud que aquí, bajo los ojos de aquel que ha formado el universo, hace tambien parte del todo de la creacion. Este magnífico paisage que se extiende á mis pies, esas magestuosas cumbres coronadas de nubes, ese vasto océano, imágenes sublimes de la omnipotencia del Altísimo, no son los únicos objetos de sus paternales miradas: ellas han penetrado hasta la miserable cabaña que recogió mi infancia; ellas me han salvado de

la indigencia, tal vez de la misma muerte, y ahora mismo velan sobre mí."

La alma de Rosa se exaltaba así en sus paseos solitarios: sus mejillas se reanimaban con el entusiasmo de la pura devocion, y regresaba á Holy-Rood, si no feliz, á lo menos tranquila.

Demasiado pundonorosa para franquear su corazon á las hijas de aquella, cuya conducta censuraba, abandonada por Eleonora, privada del apoyo del Doctor Cameron, ¿qué hubiera sido de ella, á no ser por los paseos solitarios á la cumbre antigua y solitaria de la montaña Calton?

Si ella se separaba de la familia de los Buhanum por gusto propio, pues se habia hecho demasiado necesaria á la viuda para esperar que la propusiese separarse, ¿á donde habia

de ir? ¿á quién se dirigiria? Ella no tenia medio alguno para salir de Escocia. El guardaropa que traía cuando llegó á aquel pais, y que la hubiera podido servir de un recurso, así como su bolsillo, habian sido ambos tan útiles á Mistress Buhanum y á Miss Kattia, que el uno se hallaba tan agotado como disminuido el otro.

En fin, su situacion la pareció tan desagradable, que comenzó á mirar su existencia como un peso: se hizo silenciosa, meditabunda, reservada en sus modales, descuidada en sus adornos; y por último, bien pronto no pareció sino la sombra de aquella Rosa en otro tiempo tan amable y seductora.

CAPÍTULO IV.

Mistress Buhanum era demasiado superficial, y aun demasiado insensible para advertir el pesar de otro, á no ser que éste tuviese relaciones inmediatas con ella misma; pero hallándose su alegría natural obscurecida con ciertas nubecillas, envió á llamar á Rosa para confiarla los motivos de un estado tan nuevo para ella.

Las cuatrocientas libras esterlinas que Mistress Buhanum consideró al principio como una pension inagotable, y que sobrepasaba sus esperanzas, no la parecieron luego sino como una renta muy pequeña para una muger de su clase.

« Jamas, querida Rosa, jamas, exclamó ella, se ha visto muger alguna tan sacrificada como yo: des-

pues de haberme casado en la flor de mi edad y mi belleza con un hombre que podia ser mi abuelo, y cuando yo podia escoger el partido mas brillante, me hallo reducida á una pension apénas suficiente para mis alfileres."

Rosa, que estaba acostumbrada á oir semejantes lamentaciones, y á recibir el título de *querida* cuando Mistress iba á pedirla dinero, respondió con dulzura que no la quedaba ni una sola guinea. La viuda contestó que no lo ignoraba; mas sin embargo prosiguió hablándola de sus penas é inquietudes, se quejó con amargura, y concluyó pidiéndola consejo.

Rosa escuchó sus lamentos, pero no pudo ofrecerla consuelo.

Entonces Mistress entró en una larga descripcion de sus padecimientos, y acabó declarando que estaba

perdida, si inmediatamente no podia tener trescientas ó cuatrocientas libras esterlinas.

Rosa pareció sorprenderse, y guardó silencio.

"El Doctor Cameron, añadió la viuda, no puede rehusar nada á mi querida Rosa, y ella podria suplicarle que la prestase esta suma en su nombre, ó que la adelantase en el mio."

Rosa se inmutó: ¡pedir prestado al Doctor Cameron! ¡Contraer con él una obligacion pecuniaria! esta era una cosa imposible, y así friamente rehusó consentir en ello.

Mistress Buhanum se dió por ofendida. Rosa la aseguró que si tuviese esta suma, ú otra mas considerable, estaria enteramente á su disposicion; pero que no contraeria jamas ninguna deuda sin tener la seguridad de

salir de ella con honor.

Mistress se puso colorada, aunque yo ignoro si fue por algun remordimiento de su conciencia, ó simplemente por un efecto de su despecho.

"¡*No contraeré deudas sin tener la seguridad de salir de ellas con honor*! repitió Mistress: pero yo tengo esa seguridad." — "En ese caso, señora, respondió Rosa, á vos, y no á mí, corresponde hacer las diligencias para el préstamo."

Mistress Buhanum quedó pensativa; pero bien pronto la ocurrió la idea de que Rosa tenia ó debia tener muy en breve la suma que ella deseaba.

"Id á mi escritorio, querida Rosa, la dijo, y hacedme el favor de traer un legajo que encontrareis en la primera naveta."

Rosa obedecio, y pareció oprimida por una sorpresa dolorosa, cuan-

do Mistress la enseñó cuentas, que ascendian á la suma de seiscientas libras esterlinas, y que decia ella que la arruinarian para siempre, y la quitarian los medios de casar ventajosamente á Kattia, si no hallaba los recursos de pagarlas antes de salir de la ciudad.

La visible agitacion de Rosa no pudo contener la volubilidad de Mistress, la que continuó demostrando con energía que su fortuna y el matrimonio de su hija dependian de la inmediata posesion de una gran parte de esta suma.

Rosa no tenia ninguna réplica que hacer á un asunto tan nuevo para ella.

"Yo espero, dijo ella, y aun estoy persuadida de que vuestros temorés exageran el peligro, y que el establecimiento de Miss Kattia puede

verificarse."—"¡*Puede* verificarse! repitió Mistress, ¡*puede*! ¡el se *verificará*!" y despues, dulcificando la voz, añadió: "querida Rosa, decidme lo que debo hacer."

Rosa, que durante esta confidencial conversacion estaba trabajando, dejó caer la labor de las manos, y levantando sus expresivos ojos llenos de lágrimas, dijo: "¡Ah, Mistress Buhanum! ¿por qué pedis consejo á un ente tan poco apropósito para dirigiros? ¿No escuchais la voz interior que habla dentro de voz misma? Volved los ojos á los sucesos que os han reducido á una posicion tan melancólica: dignaos acordaros de aquel retiro encantador donde la prudencia os convida á volver, donde la paz os aguarda, donde vuestras encantadoras hijas pueden adquirir la perfeccion que aun las falta, donde su respetable padre

se complacia que habitasen; y en fin, donde todos los sentimientos que pueden llenar el corazon de una madre deben. . . ." — "Muy bien, muy bien, interrumpió la viuda: he aquí un plan magnífico: pero Miss, yo veo vuestra astucia, vos quereis volver á vuestro Burnseede, quereis vivir á mis expensas, y temblais que no os pida en prestamo la suma que mi débil esposo os ha dejado; pero tranquilizaos, Miss: yo saldré de este apuro sin ese medio, y sin que sea necesario que vayais á Castle-Gowrand."

Mil recuerdos dolorosos oprimieron el corazon de Rosa al oir el nombre del Burnseede; pero bien pronto se vió herida de la ágria reconvencion de Mistress, cuyo sentido no podia comprender.

La manda del Mayor estaba siempre contradicha por Mr. Frazer en

cuantas conferencias particulares habia tenido con el Doctor Cameron. Él pretendia que teniendo este acto una fecha seis meses anterior á la época de la muerte del Mayor, que durante este tiempo habia gozado de una salud perfecta, y que hubiera podido reformar su testamento, ó dejar un codicilo en forma, era de la obligacion de un tutor el examinar el valor de un legado, que no se hallaba revestido de las formalidades legales.

Sin intentar el Doctor Cameron enredarse en el laberinto de la curia, respondia siempre á Mr. Frazer de un modo firme é invariable, que estaba resuelto á pagar los legados á su propio riesgo; y como toda la extension de las leyes no podia suministrar ningun argumento en esta materia, Mr. Frazer se vio obligado á ceder al capricho de su compañero.

La esperanza que el Doctor habia tenido de que Rosa aceptaria la oferta de su mano, y que por consecuencia se hallaria superior al recurso que podia proporcionarla quinientas libras esterlinas, le habia impedido anunciarla esta última disposicion del Mayor á su favor; y cuando Rosa despreció sus proposiciones de un modo tan decisivo, y resolvió no admitir sus visitas, la pena que esto le ocasionó le quitó los medios y el ánimo de hablarla de ello, decidiéndose á dejar las cosas en tal estado, hasta que acabase el año, y pagar entonces las quinientas libras esterlinas á pesar de los escrúpulos de Mr. Frazer.

Éste último no habia visto á Rosa ni una sola vez despues de la muerte del Mayor, y si Mistress Buhanum no hubiese tenido intenciones particulares, ella hubiera sido la última per-

sona que hubiese pensado en instruir á una niña dependiente de sú favor, que podia pasarse sin este recurso.

Sin embargo, á pesar de las pocas noticias que habian llegado á Rosa sobre los negocios de la herencia del Mayor, comprendió por lo que se habia dejado decir Mistress, que su respetable amigo la habia dejado una prueba de su afecto. Jamas se habia presentado á su espíritu esta idea, aunque el cuidado extremo que el Mayor habia tenido en ocultar á su muger su nacimiento y su verdadera situacion, debia necesariamente habérsela excitado. Las lágrimas de la gratitud vinieron entonces á sus ojos inclinados á la tierra: mil tiernos recuerdos se pintaron en su imaginacion: creía ver al digno Mayor, oir sus dulces expresiones de la terneza paternal con que siempre la colmaba; y en

fin, salió de esta ilusion triste al mismo tiempo que halagüeña por la áspera voz de Mistress, que continuó, diciendo y levantándose con la dignidad de una Reyna de teatro: "no, Miss, no: yo no me abatiré jamas á recibir un desaire vuestro."

En este crítico momento entró un criado, y puso en manos de la encantadora viuda una carta, cerrada con lacre, y en el sello un corazon traspasado con una flecha y el nombre de *A. Frazer*.

El lector adivinará fácilmente el contenido de esta carta; y como la proposicion que encerraba ofrecia á la viuda la esperanza de salir de los apuros que la atormentaban, su corazon palpitó, sus mejillas se animaron con un nuevo color, y mandó á Rosa que volviese á poner aquellas cuentas en su escritorio.

No es decir que la idea absurda de admitir la mano de Mr. Frazer, hijo de un criado del Mayor, pudiese entrar ni un solo instante en la cabeza de Mistress Buhanum, aunque sin embargo confeso interiormente que el pobre hombre era mas digno de compasion en amarla, que culpable en haber tenido la osadía de manifestárselo; pues veía como una cosa muy sencilla que no se pudiese resistir á la fuerza de su hermosura, teniendo ocasion de admirarla sin cesar; y como tenia una grande opinion de sí propia, no dudaba que haciendo valer todas las ventajas que habia recibido de la naturaleza, pudiese llegar á persuadir á un hombre tan ciego por sus encantos, y que estaba en disposicion de serla útil, á que la adelantase algunos centenares de libras esterlinas.

Aquel dia parecia ser el destinado al triunfo de Mistress Buhanum y de la bella Kattia, pues el honorable Mr. Angus, jóven de todo mérito, poseedor de un gran caudal, hijo de una ilustre familia y heredero de un ducado, acababa de suplicar al Doctor Cameron le hiciese el honor de presentarle á Mistress y á su encantadora hija.

Aunque en la opinion del Doctor la naturaleza parece habia querido agotar sus dones cuando formó á Rosa, sin embargo no podia dejar de convenir en que Kattia era hermosa; mas á pesar de su admiracion para con ella, de ningun modo habia adoptado las brillantes ideas de su madre, ni aprobaba la conducta que tenia para realizarlas. Sin embargo experimentó un vivo interés por la suerte de la hija de su respetable amigo, su buen corazon palpitó de placer vien-

do el paso que daba Mr. Angus, y se dió tal prisa á participársele á Mistress Buhanum, que sin aguardar á que entrasen recado se presentó sin etiqueta en su cuarto.

El Doctor estaba tan poco acostumbrado á ver á Rosa en las salas destinadas á recibir visitas, y por otra parte habia ya tanto tiempo que no la veía, que su sorpresa de hallarla al lado de la viuda solo puede compararse con la pena que le causó observar la palidez de su rostro, y todo el abatimiento que patentizaba.

Bien pronto se le borraron de la memoria el honorable Mr. Angus y su ducado, Mistress Buhanum, su hija y su fortuna, pues todo esto se cubrió con un velo á vista del vivo interés que experimentaba por aquella, que le era tan querida; y hasta que hubo cogido su mano, exami-

nado su pulso, y héchola mil preguntas sobre su salud, todo el universo desapareció de sus ojos, y no vió sino el interesante objeto de sus tiernos afectos.

Exclamó que ella estaba enferma, que la perjudicaria permanecer en aquella situacion, que era preciso que no hiciese labor, que tomase el aire, que queria visitarla todos los dias, y que nada en el mundo, ni aun las órdenes mas rigorosas, bastarian á impedir que entrase en su cuarto, y ni aun quiso soltar su fria y debil mano hasta que le dió palabra de admitirle todos los dias, á todas las horas, y seguir exactamente el régimen que la prescribiese. En fin, despues de haber calmado así su inquietud el Doctor, se acordó del negocio que le conducia á Holy-Rood.

Segun la clase de sociedad que

frecuentaban Mistress y su hija acaso el lector se admirará de que la visita de un hombre de distincion fuese anunciada de un modo particular; pero se debe advertir que Mr. Angus se habia dirigido al tutor, y que esto indicaba que sus miras eran serias y particulares.

"Ahora vereis, Miss, dijo la viuda dirigiéndose á Rosa, y tirando fuertemente el cordon de la campanilla, ahora vereis si el matrimonio de mi hija *puede verificarse.*"

Varios criados fueron despachados inmediatamente por distintos lados á buscar á Miss Kattia, que acostumbraba á salir las mañanas á hacer visitas por varios barrios de la ciudad.

Á las siete de la noche Mistress Buhanum y su encantadora hija, adornadas con elegancia, Mistress Maxwell y su hija, dos mugeres de una

figura regular, vestidas con la mayor sencillez, y escogidas por la viuda en esta ocasion importante, se reunieron en la sala para aguardar al honorable Mr. Angus.

El jóven correspondió perfectamente á la opinion que de él se habian formado las damas, excepto en un solo punto. Tenia una bella presencia, modales graciosos, políticos y nobles, aunque sin altivez ni arrogancia; pero segun la respetuosa frialdad con que se portó acerca de Kattia el Doctor hubiera jurado, á no haber sabido lo contrario, que era la primera vez de su vida que veia á aquella persona.

Habia en todos sus movimientos una cierta agitacion, que no fue suficiente á calmar toda la urbanidad de las damas. Sus discursos eran interrumpidos; se detenia en cada fra-

ser sus ojos, vueltos siempre hácia la puerta, las causaba una gran sorpresa, hasta que al fin despues de una media hora, en cuyo espacio miró cinco ó seis veces su relox, se levantó pronunciando algunos cumplimientos de estilo, y partió, dejando á Miss Kattia tarareando el romance de Moggy-Lawther, y su madre, aunque muy prendada de las gracias del honorable Mr. Angus, de su gran fortuna, y del ducado que debia heredar, tambien muy descontenta de la brevedad de su visita.

Sin embargo, á la mañana siguiente volvió, y se detuvo una hora: á la otra mañana repitió su visita, y el sábado siguiente acompañó á madre é hija al teatro; lo que colmó de alegría á Mistress Buhanum.

Como ambos tutores estaban convencidos de las honrosas miras de

aquel jóven respecto á Kattia, Mr. Frazer se hizo cada dia mas enamorado de Mistress Buhanum, y tuvo la generosidad de adelantar quinientas libras esterlinas de la herencia del Mayor, á fin de prevenir las necesidades de la viuda en una época en que se trataba de dos negocios tan importantes, como eran concluir el matrimonio del abogado Mr. Frazer con la bella Mistress Buhanum, y el de su hija con el honorable Mr. Angus, futuro duque de Athelano.

Los excesivos gastos de Mistress crecieron á medida de los grandes proyectos que tenia en su cabeza. El viaje á Inglaterra era inútil, puesto que se hallaba cumplido el objeto á que se dirigia: pero como probablemente el matrimonio iba á verificarse muy pronto, y el novio convidaria á la familia á ir á algunas de sus posesio-

nes, Mistress Buhanum dió gracias al cielo de no haberse visto obligada á volver á la fastidiosa habitacion del triste Castle-Gowrand, y rogo á Mr. Frazer tratase de dar en arrendamiento las tierras y la quinta lo mas pronto que le fuese posible.

Mr. Frazer respondió con una inclinacion respetuosa; pero como tambien tenia sus proyectos, y no juzgaba tan triste á Castle-Gowrand, creyó apropósito dejar las cosas en tal estado.

Entretanto Rosa, mas ocupada que nunca en arreglar los trages de Kattia, inutilizaba todo el esmero del Doctor mediante una vida sedentaria, que no podia dejar; pero un dia que Mistress Buhanum y su hija habian ido á comer á Queen's-Ferry, el Doctor Cameron llegó con su hermana en un coche á la puerta de Holy-Rood, é

insistió en que Rosa, Emma y Jessy fueran á pasar el dia en Roslin-Castle.

Las dos niñas, que con menos resignacion que Rosa (en su actual suerte) eran tan sedentarias como ella, no aguardaron á segundo convite, tomaron sus sombrerillos, y bajaron la escalera con alegría, diciendo que Roslin era el paseo que deseaban ver con preferencia á cualquier otro.

El abatimiento de Rosa, que crecia diariamente, la hizo mirar con indiferencia esta proposicion; pero el Doctor se felicitó de conducirla á un lugar, donde juzgaba que no conservaria por mucho rato aquella apatía que le causaba temores.

El tiempo era muy caloroso: comieron en una tienda de campaña puesta en el jardin, enmedio de la cual el Doctor habia hecho preparar una mesa elegante, y despues pasea-

ron juntos aquel delicioso lugar, donde la naturaleza parece que agotó sus tesoros.

Al bajar de la quinta Rosa miró atentamente al pie de la montaña: mudó de color, un temblor universal se apoderó de sus miembros, y sus ojos brotaron lágrimas. Los antiguos bosques, las cristalinas aguas, las rocas, las cascadas, todo, en fin, la recordó la imágen del Burnseede, y se precipitó entre llorosa y alegre por las tortuosas veredas que conducian al rio. Allí se sentó sobre una piedra á la entrada de una de las grutas, célebres por los antiguos Bardes del Lothiana (*), y donde un vientecillo fresco, murmullando entre el espeso ramage, esparcia al rededor el perfume de las plantas y flores que le

(*) Provincia de Escocia.

cercaban. "¡Ah! exclamó Rosa paseando sus ojos por aquel paisage encantador que se la presentaba: ¡Ah, qué recuerdos, que semejanza tan admirable!"

No pudiendo equivocar el Doctor Cameron el sentido de esta exclamacion, conoció que era exacta: él habia ido segunda vez al Burnseede despues de la horrible catástrofe, que no podia borrar de su memoria, y conocia fácilmente hasta qué punto los sitios del Roslin podian ofrecer semejanzas con aquel lugar tan grato á Rosa.

La sensibilidad del Doctor era profunda, pero silenciosa: no dijo nada á Rosa, y sí procuró distraer sus pensamientos melancólicos con mil tiernas atenciones, en que la pasion del amante cedia á la solicitud de un zeloso amigo, y mientras que su hermana

acompañaba á las bulliciosas jóvenes, condujó á Rosa á la capilla, cuya sencillez gótica y magestuosa fijó sus pensamientos sobre un objeto menos doloroso, pero no menos solemne. Ella caminó con respeto sobre aquella tierra sagrada, donde entre muchas filas de columnas reposaban las cenizas de los Lores de Roslin, y de los Héroes y Príncipes que se habian hecho célebres en los siglos bárbaros. Se hubiera detenido largo tiempo en aquel santuario fúnebre, cuya obscuridad misteriosa daba pábulo á las tristes reflexiones á que gustaba entregarse, si el Doctor, siempre atento á variar sus sensaciones, no la hubiese dado prisa á salir.

Se reunieron al resto de su compañía, y bien pronto se dispusieron á regresarse á Edimburgo, tomando el camino de la posada donde los

aguardaba el coche. El galope de muchos caballos, que venian detrás de ellos, les obligó á detenerse, y bien pronto vieron pasar á varios jóvenes, que habian comido en Penycuke: volviendo uno de ellos la cabeza encontró los ojos de Rosa, cuyas mejillas se cubrieron de color, y apeándose del caballo se acercó al Doctor, y le dijo con una voz como de reconvencion: "¡Ah, Doctor!" El Doctor le hizo una profunda cortesía, y condujo á las damas al coche.

"Doctor Cameron, dijo el jóven poniendo su mano en la portezuela, ¿puedo esperar que tendreis la bondad de presentarme á esas damas?"

El Doctor quedó confuso: un misterio se le revelaba de repente: él ya no conservaba esperanza de interesar á Rosa en su favor, y sin embargo deseaba mucho que el coche partiese.

Respondió con política á la pregunta del jóven; pero sacando su relox, añadió que no podia perder ni un momento: en fin, como las instancias del jóven no le permitian replicar otra cosa, anunció á Mr. Angus á las damas con una voz tan baja, que ellas no hubieran podido entenderle, si aquel nombre no las fuese tan conocido.

Mr. Angus hizo á Rosa una cortesía tan particular, que ella se puso segunda vez colorada.

"Buenas tardes, Doctor Cameron, dijo él gravemente, yo os doy gracias por esta complacencia;" y acompañó esta frase con una mirada significativa.

El Doctor le saludó en silencio, y mandó al cochero que partiese.

Al cabo de un rato preguntó á Rosa con una voz tímida si antes de aquel encuentro habia visto á Mr. Angus.

"Sí, contestó Rosa con su franqueza ordinaria: yo le encontré un dia en la montaña de Calton, donde suelo ir á pasearme á un parage y á una hora tal, que nadie interrumpe mis paseos solitarios: pero bastante descontenta de tal encuentro, desde aquel dia he dejado de ir á Calton. Sin embargo, yo he visto segunda vez á Mr. Angus desde las ventanas de mi cuarto; pero ignoraba que este fuese el mismo caballero que dirigia sus votos á Miss Kattia."

El Doctor suspiró. Habia asegurado á Rosa que el amor no tenia parte alguna en el interés que le inspiraba, y aun así se lo habia figurado él mismo; pero segun la penosa sensacion que experimentaba en aquel momento, era mucho menos el resultado de la amistad, que el atractivo imperioso que le habia obligado

á seguirla en el camino del Burnsee de algunos meses antes.

Sin duda que el lector acaba de adivinar (como el Doctor Cameron) que no era la bella Kattia de Castle-Gowrand, cuyas gracias admiraba todo el mundo, sino la modesta Rosa, á quien nadie conocia, la que habia fijado el corazon de Mr. Angus. Sin embargo es necesario explicar cómo habia llegado á verla.

Habiendo comido un dia con otros jóvenes en una fonda, y no sabiendo todos juntos en qué emplear la tarde, resolvieron ir á pasar una hora á las orillas del golfo; pero como habian hecho volver sus coches á casa, no encontrando sobre el puente ningun fiacre se decidieron á ir á la cumbre del Calton, donde Rosa hasta entonces no habia encontrado sino alguna que otra persona tan melancolica como ella.

Viendo Mr. Angus una jóven adelantarse muy despacio hácia él, y tan absorta en sus reflexiones, que no veia ni oía la gresca de sus alegres compañeros, corrio hácia ella llevado de la curiosidad, á tiempo que el aire levantó el velo negro que cubria su rostro, quedando el tan enamorado de la belleza que se ofreció á su vista, que apenas pudo contener su sorpresa y su admiracion.

Rosa le saludó con gracia: volvió patrás, y tomó la vereda mas corta para regresar á su casa. Mr. Angus quedo inmovil hasta que la perdio de vista; pero obligado entonces del irresistible deseo de ver otra vez una figura tan preciosa corrió tras ella, y se esforzó á empeñarla á responderle, llenandola de elogios. Él la comparó á una diosa, al objeto mas bello de la naturaleza, la suplicó permitiese

que fuese á ofrecerla sus respetos á su casa; y en fin, se condujo como un jóven de cualidad, que imagina que su clase le da derecho á entregarse á todas las fantasías que se le ponen en la cabeza.

Ofendida Rosa de sus modales libres, y confusa al ver su perseverancia, se sonrojó de indignacion; y despues de haberle pedido por dos veces que tuviese la bondad de retirarse, no se dignó responder á cuanto la decia, aceleró el paso, y llegó á Holy-Rood siempre seguida de Mr. Angus, quien despues de haberla visto entrar se reunió á sus compañeros, y los habló con entusiasmo de la mas encantadora criatura que existia en el mundo.

Los jovenes, despues de reirse mucho á su costa, le preguntaron si su diosa iba vestida de luto.

" Si, " respondio el. — " ¿ Y la

habeis seguido hasta el palacio?" — "Sí." — "¡Bueno! (exclamaron ellos) ¿No habeis visto jamas á la bella Kattia de Castle-Gowrand, hija mayor de la viuda Buhanum? todo el mundo la conoce, y no habla sino de ella."

Mr. Angus no era de aquellos que se creen obligados á admirar á una muger, porque todo el mundo está de acuerdo en admirarla; pero la belleza de la que suponia ser el objeto de los brindis de Edimburgo habia hecho una impresion tan profunda en su pecho, que volvio al otro dia á Calton, precisamente á la misma hora, y se paseó por la propia senda que habia tomado Rosa.

Desconsolado de aguardarla inútilmente, y perdiendo toda su paciencia, fue á rondar el palacio, y vió á Rosa sentada á una ventana, y demasiado atenta á su labor para ser

sensible al amor que le inspiraba.

Sin embargo Mr. Angus no dejó de frecuentar el Calton: allí era únicamente donde podia esperar ver otra vez el objeto seductor, que á pesar de sí mismo habia hecho en su corazon una impresion tan profunda.

Algunos dias despues se vió precisado á salir de Edimburgo para ir á recibir al duque de Athelano, su tio, y cuyo heredero debia ser algun dia; pero el mudar de escena no fue suficiénte á alejarle un instante de su memoria á Rosa, y volvió determinado á hacerse presentar formalmente en casa de Mistress Buhanum.

La primera ojeada que dirigió á Kattia le hizo conocer su equivocacion: le fue tambien imposible no conocer las ideas que Mistress y su hija habian formado acerca de su visita, y con qué ansia deseaban la declaracion

de los sentimientos que le suponian: su posicion le pareció demasiado embarazosa; pero conocia muy bien lo interior de aquel palacio para dudar que su incógnita habitaba en los cuartos en que él se hallaba: tomó asiento esperando á cada instante verla parecer, y combinó en su interior que sus gracias eran infinitamente superiores á las de la belleza que todo Edimburgo celebraba con entusiasmo.

Al cabo de media hora, no pudiendo contener su despecho ni la pena que experimentaba de ver otra vez burlada su esperanza, se despidió con la precipitacion que hemos referido, y que causó tanta sorpresa al Doctor, como mortificacion á las damas.

Habiendole encontrado el Doctor por la mañana en la calle no pudo menos de manifestarle cuán extraña le habia parecido la brevedad de su vi-

sita en casa de Mistress Buhanum, á lo cual Mr. Angus se disculpó pretestando haber tenido que ir á una cita indispensable. El Doctor oyó esta escusa con mucha frialdad, y ya iba á continuar su camino, cuando cogiéndole Angus de la casaca le suplicó que le concediese algunos momentos de conversacion en Saint-George's-Square.

Como se trataba del interés de su pupila, y el Doctor deseaba vivamente saber las intenciones de Mr. Angus, consintió con gusto en seguirle al lugar indicado; pero aguardó en vano la explicacion deseada, pues el jóven le preguntó solamente si Mistress Buhanum no tenia otras hijas, si eran bellas, y en fin, si en este último caso podia esperar verlas.

El Doctor respondió que Mistress Buhanum tenia tambien otras dos hi-

jas mas chicas que la que habia visto: que una de ellas, segun su opinion, seria mas hermosa que Kattia, y que juzgaba que su madre por una medida política la hacia estar retirada en su cuarto hasta que Kattia se casase.

El honorable Mr. Angus aparentó quedar tan satisfecho de esta narracion, que rápidamente se apartó del Doctor, y le dejo tiempo de hacer cuantas reflexiones quisiese, y preguntarse á sí mismo si el jóven era en realidad algo alocado.

Sin embargo, las visitas que continuo haciendo á Holy-Rood parecieron agradar muchísimo á Mistress; porque si él no tenia al lado de su hija aquel tierno aire de un amante tímido, por lo demas no habia cosa mas animada ni mas respetuosa que los cumplimientos que dirigia á ella

misma; y así aunque el negocio no se adelantase con la rapidez que deseaba, con todo tenia motivo de creer que su éxito seria exacto.

Durante este tiempo la fama publicó por toda la Escocia el magnífico casamiento que se preparaba á Miss Kattia de Castle-Gowrand.

Mr. Angus gozaba de la rara felicidad de verse amado y respetado de toda su familia: era hijo único de Mr. Angus de Caithness, y de Lady Luisa de Athelano, hermana del duque de este nombre. La edad avanzada de éste, y el cariño que profesaba á su sobrino, todo hacia esperar que precisamente seria el heredero de su título y sus bienes. El viejo duque nada deseaba tanto como ver casado á su sobrino, á fin de tener herederos de la antiquísima casa de Athelano; y como este deseo era bien notorio,

la buena fortuna de Miss Kattia se hizo el objeto general de todas las conversaciones, excito la envidia de todas las señoritas de Edimburgo, y el despecho de aquellas en quienes la esperanza de una misma suerte jamas se habia podido realizar.

Entre las personas interesadas en este suceso habia una jóven alta, pero de una figura desagradable, con unos ojos azules, que rodaban por sus órbitas, sin que la malignidad, la envidia y el orgullo, que formaban la esencia de su carácter, hubiesen jamas podido animarlos con la menor expresion.

Orgullosa con las virtudes, que no tenia, vana, maliciosa, y encaprichada Miss Bruce, era la enemiga mas terrible de las personas de su sexo, víctimas de una inclinacion demasiado tierna; pues nunca perdonaba á la

pobre que una vez habia tenido la desgracia de ceder á la pasion de un seductor. Ella afectaba reunir todos los talentos, pintaba malas caricaturas, hacia epígramas sin gracia, coplas sin rima, componia un zurcido de lugares comunes, que llamaba ensayos, hablaba como un papagayo, andaba como un abestruz, y se vestia de un modo ridículo. Tal era la que se hallaba mas ofendida del brillante partido que se destinaba á la bella Kattia de Castle-Gowrand.

Cualquiera conocerá sin dificultad la pena que debia experimentar Miss Bruce, porque la pobre muchacha, sin poseer ni un solo atractivo, sin nacimiento, educacion, y sin cualidades que pudieran reemplazar á estas ventajas, se habia con todo encaprichado en que algun dia podia llegar á ser duquesa. Habia tenido la feli-

cidad de introducirse en la tertulia de Miss Angus, jóven encantadora, cuyo carácter alegre, generoso y agradable era perfectamente parecido al de su hermano. Bien convecida Miss Bruce de que tarde ó temprano se realizarian sus esperanzas, hacia una corte continua á la hermana del futuro duque; pues segun ella no habia paso ratero ni humillante con tal de que se dirigiese al logro del fin que se proponia. Á fuerza de cuidados y destreza habia arrancado á Miss Angus un convite de venir á la quinta de su hermano, y desde entonces le habia visto sin cesar; pero los dos últimos años como Miss Angus residia en Inglatera, y él en Escocia, Miss Bruce tuvo por conveniente permanecer en Edimburgo, donde no perdia de vista ninguno de sus pasos.

Si él queria pasearse, ella tenia

el mismo gusto: si iba á caballo, tomaba noticias del parage á que se dirigia, y siempre la hallaba en el camino. Ella conocia á todos sus amigos, le pedia prestados sus libros, su coche, iba á su palco en el teatro, entraba con sus billetes en los conciertos de música, se empeñaba en ser su pareja en los bailes, se sentaba en su banco en la iglesia; y en fin, manifestaba tal interés por cuanto le pertenecia, que al fin habia creido ella misma, y aun persuadido á sus amigos, que el heredero del duque habia fijado realmente su eleccion en ella. Él nunca habia adivinado los proyectos de Miss Bruce, y recibia los cuidados y atenciones que le prodigaba como muestras del cariño que tenia á su hermana; y al paso que no podia menos de reirse de sus ridiculeces, parecia dispuesto á hacer justicia á la

sensibilidad de su corazon y á la bondad de su carácter, del cual ella siempre hacia una pomposa ostentacion.

Mr. Angus, con mayor juicio que la mayor parte de los jóvenes de su clase, tenia sin embargo alguna de sus debilidades y defectos: era sumamente indolente, y estando acostumbrado á la íntima amistad de Miss Bruce, no podia rehusarla nada de cuanto le pidiese, ni examinar si tenia ó no razon en portarse de aquel modo. Así es que insensiblemente habia llegado á dejarse gobernar por una muger, para lo cual jamas habia tenido inclinacion, amistad ni consideracion.

Viendo Miss Bruce desmoronarse el edificio aëreo que habia levantado su imaginacion, se desahogó con invectivas contra la bella Kattia: repitió con rabia que era lástima que un hombre como Mr. Angus eligiese una

mugercita incapaz de sostener con dignidad el rango que iba á obtener; pero sus clamores no excitaron ningun interés ni ninguna compasion hácia ella; al contrario se burlaron de su cólera, y sus mejores amigos la zumbaron por la pérdida de sus esperanzas ducales. Oprimida de despecho, confusa y humillada se encerro en su casa, donde su indignacion la detuvo, y la impidió seguir expiando los pasos de Mr. Angus, el que dedicado entretanto exclusivamente á su amor no pensaba un momento en ella, ni en lo que la sucederia.

Continuaba siempre sus paseos al Calton y sus visitas al palacio, con la esperanza de ver á las mas jovenes hijas de Mistress Buhanum, en una de las que aguardaba encontrar su hermosa desconocida, hasta que viendo que su asistencia á Holy-Rood le

ponia en tan crítica situacion, que con dificultad se podia librar de ella, se decidió á explicarse con el Doctor, y pedirle se interesase por él, y le proporcionase los medios de ver á aquella jóven, cuya belleza él mismo confesaba ser superior á la de Kattia; y en estas circunstancias fue precisamente cuando encontró á Rosa en Roslin-Castle, segun queda referido.

Luego que el Doctor volvió á su casa despues de haber dejado en la suya á Rosa y sus compañeras, halló un billete de Mr. Angus, suplicándole una pronta conferencia. El Doctor no tenia tanta prisa en complacerle, se excusó por aquella noche, y le citó para las nueve de la mañana siguiente: luego se retiró á su aposento, donde pasó la noche sin que el sueño viniese un instante siquiera á cerrar sus ojos.

Despues de haber repasado en su imaginacion la conducta de Mr. Angus, se confirmó en la idea de que solo Rosa era el objeto de sus deseos; pero reflexionando en el carácter de Mistress Buhanum, no pudo dudar el despecho y la rabia que concebiria al hacer semejante descubrimiento. La vanidad de la madre y la belleza de la hija las habian hecho tan célebres, que el matrimonio de que se trataba era la conversacion general de toda la ciudad; y la mudanza de Mr. Angus, que destruiría al instante una esperanza tan solemnemente anunciada, seria mirada por cuantos ignorasen su equivocacion y la preferencia que concedia al otro objeto, como un insulto premeditado, que precisamente habia de mortificar mucho á la bella Kattia.

Pensaba ademas el buen Doctor

que toda la cólera de Mistress Buhanum recaeria sobre la inocente Rosa, que sin parientes ni proteccion no tenia otro recurso que él. ¡Cuánto sintió que hubiese despreciado las ofertas que la habia hecho con tanto ardor! Entregóse por un instante á la esperanza de que las desagradables circunstancias en que iba á hallarse producirian acaso alguna mudanza en su resolucion, pues conocia demasiado su delicadeza para creerla capaz de que quisiese condescender á los deseos de un hombre, que antes habia dirigido sus obsequios á la hija de su respetable amigo: y en esta situacion ¿por qué no habia de concebir nuevas esperanzas?

Con estos ingeniosos sofismas fue con los que el buen Doctor intentó primeramente calmar el tormento que experimentaba; pero bien pronto la

rectitud de su carácter, la generosidad y la justicia, que presidian á todas sus operaciones y secretas deliberaciones, le volvieron en su acuerdo, á pesar de todas las seducciones de la esperanza. Mr. Angus era jóven, rico, de ilustre nacimiento, y poseía todas las gracias que pueden cautivar los ojos. Este hombre feliz amaba á Rosa; ella tal vez no seria insensible á su amor, y el buen Doctor se olvidó de sí propio, para no pensar sino en los intereses de aquella, á quien amaba mas que á su vida.

« Sí, exclamó él con una voz agitada mientras que lágrimas de fuego bañaban sus mejillas, yo debo renunciar para siempre á las esperanzas que tuve la osadia de concebir: ella no ha querido ser mia: ¿y cómo podré yo, sabiendo cuán digna es del rango mas distinguido, preferir mi

felicidad á la fortuna y elevacion de la muger que adoro? No, no: yo fuí su amante, es verdad; pero tambien he jurado ser para siempre su amigo, y cumpliré con toda exactitud este juramento augusto."

Así pasó la noche, víctima de los pesares y agitaciones de una pasion violenta, pero inalterable en la resolucion que acababa de formar.

Á las nueve en punto se presentó un criado anunciando á Mr. Angus, el cual entró como enojado, y en su rostro se leían la reconvencion y el descontento. El del Doctor estaba tambien sombrío: se levantó, y presento una silla al jóven, todo sin hablar palabra.

Mr. Angus rompio el silencio acusando la doblez del Doctor. Se quejó amargamente de haber sido presentado por él á una joven, que á pesar de su belleza (que él no podia negar)

perdia sin embargo su mayor mérito en la afectacion con que deseaba ser vista en todas partes; y dijo, que cuando era evidente por el modo con que se habia comportado al lado de ella, y tambien por sus pesquisas, que aquella dama no podia ser el objeto de sus votos, el Doctor se habia complacido en hacerle una falsa descripcion de la familia de Mistress Bu-bahum.

La sensibilidad del Doctor estaba siempre equilibrada con una perfecta exactitud de espíritu: compadecia sinceramente los errores á que puede arrastrarnos una pasion imperiosa, y respondió sin alterarse, que la acusacion de doblez jamas se le podia hacer con justicia: que sabia el modo ordinario de responder á ella, sobre todo cuando era justa, que era exigir una reparacion auténtica á estocadas;

pero que el verdadero valor y el verdadero honor desprecian los excesos de una pasion ciega, y que su resentimiento en semejantes casos no se expresaba sino con una declaracion franca y absoluta: que por otra parte los epítetos que acababa de oir no podian pertenecerle. Añadió en seguida con una voz mas firme, que no habia *engañado* á Mr. Angus cuando le preguntó noticias de la familia de Buhanum, y qué la jóven, que ya presumia era el objeto de su visita, no era hija de Mistress Buhanum.

"¡No es su hija! exclamó Mr. Angus: vos me sorprendeis. ¿Será pues su parienta?" — "No." — "¡Cómo pues! ¿Cuáles son sus relaciones con ella? Doctor, yo os pido perdon, yo abuso de vuestra indulgencia, yo estoy fuera de mí mismo. Vos adivinais lo que yo quiero suplicaros, y tiemblo

de la respuesta que vais á darme. Yo la admiro.... yo.... estoy avergonzado de confesarlo: sin mediar mas que un conocimiento tan ligero.... yo la amo, ella está siempre fija en mi pensamiento, encantadora, hermosa como la he visto, y amable como me complazco en suponerla; pero mi familia.... ya la conoceis.... su dignidad reposa en mí solo: hasta mí ha llegado pura y sin mancha...... yo no quisiera.... apénas sé lo que quiero decir; pero por favor instruidme con franqueza cuál es la situacion de esa jóven en la familia de Buhanum: es imposible que con tal elegancia y modales tan distinguidos tenga un obscuro nacimiento." -- "Ciertamente no," exclamó el Doctor con entusiasmo; y despues de algunos minutos de silencio, que empleó en serenarse, añadió: que por mas amable y seductora que

se hubiese presentado á los ojos de Mr. Angus, la imaginacion mas viva no podia alcanzar todas sus perfecciones; que la belleza era la menor de los atractivos que la habia dado la naturaleza; que su carácter era cuasi angelical, sus modales afectuosos; que una dignidad llena de gracias presidia á todas sus acciones; en fin, que poseía todas las virtudes y todos los talentos, y que él mismo, á pesar de su edad, que debia ponerle á cubierto de las vivas impresiones del amor, no habia podido resistir al ascendiente de aquella jóven encantadora, y la habia ofrecido su mano, y que sin embargo de que ella la habia rehusado de un modo capaz de quitarle toda esperanza, conservaba siempre para con ella el interés de un amigo el mas tierno, y se sacrificaria por su felicidad.

Mr. Angus estaba extático. "¡Buen Doctor! ¡querido Doctor!" exclamaba paseándose como un loco: despues volviéndose á sentar pidio en primer lugar le perdonase la conducta que habia tenido con él, y en segundo le suplicó le presentase otra vez en Holy-Rood. El Doctor respondió que no estaba ofendido, y que conocia hasta que punto Miss Buhanum podia privar á un hombre de su juicio, pero que....

"No haya *peros*, mi querido Doctor, exclamo Mr. Angus. Vos la habeis llamado Miss Buhanum; con que así pertenecerá á esa familia.... así no perdamos tiempo;" y el jóven se levantó con impaciencia.

La severa mirada del Doctor le sobresaltó, y se volvió á sentar. Entonces supo con gusto que nada seria mas dificil que la visita que intenta-

ba; que Miss Buhanum jamas perdonaria la ruptura del ventajoso matrimonio con que se habia lisonjeado para su hija, y que ella misma habia publicado por todas partes; que su orgullo y sus intereses estaban tan satisfechos con este enlace, que no era posible esperar que ella conviniese gustosa en verle frustrado; que ademas la noticia de la union de Mr. Angus con Kattia se habia divulgado tanto, que recelaba que la explicacion, que era preciso dar, no fuese perjudicial á la familia.

Mr. Angus conoció la exactitud de estas observaciones, y preguntó qué era lo que debia hacerse.

El Doctor estaba muy indeciso. Hallándose cierto de las honradas miras de aquel jóven para con Rosa, no podia dejar de compadecer á Kattia y á su madre; y así insistió en que Mr.

Angus se condujese con la mayor circunspeccion: exigió su palabra de no obrar sino por sus consejos, y le citó para la noche, á fin de conferenciar juntos sobre el asunto, y al punto se separaron. El Doctor se encaminó muy pensativo á las casas donde los enfermos exigian su presencia, y Mr. Angus voló á Calton con la esperanza de encontrar acaso al querido objeto de su corazon.

CAPÍTULO V.

En uno de los capítulos anteriores hemos hablado de algunos legajos de papeles que quedaron en Castle-Gowrand, desde que el Mayor perdió el uso de sus sentidos, cuyos papeles habia encerrado el Doctor en la naveta de su escritorio. Entonces su corazon estaba demasiado lleno de amor y esperanza para que su prudencia ordinaria pudiese presidir á todas sus operaciones. Sabia cuán necesario era hacer tranquilos y serenos los últimos momentos de la vida de su amigo, y en este punto jamas se descuidó de tomar todas las precauciones posibles; pero en cuanto á los negocios que podian pertenecer á la herencia no tenia ánimo para hablarle palabra; y luego que supo que Rosa le acompa-

fiaria á Edimburgo, no es de admirar que se borrase de su memoria el escritorio, los papeles, y en fin, todo lo que no fuese ella.

Cuando falleció el Mayor pareció que todos sus asuntos quedaban con todo el arreglo posible, y que ofrecian pocas dificultades: su dinero estaba impuesto en el banco Real, y los testamentarios resolvieron dejar el exámen de las cuentas hasta la época en que Mistress Buhanum debia volver á Castle-Gowrand; pues no creian que ella quisiese fijar su residencia en Edimburgo.

Sin embargo Mr. Frazer, que estaba sumamente impaciente por concluir su tratado con la viuda antes que se arreglase el matrimonio de Kattia con el honorable Mr. Angus, propuso al Doctor hacer un viajecillo á Castle-Gowrand, para arreglar

definitivamente todos los negocios de tutela.

Este objeto era de la mayor importancia para Mr. Frazer, quien por otra parte podia faltar de Edimburgo, no teniendo ocupacion alguna que exigiese allí su presencia ; pero el Doctor no podia abandonar sus enfermos, que tenian demasiada confianza en él para entregarse gustosos á un substituto ; de modo que él autorizó á su compañero, para que fuese solo á este viaje. Mr. Frazer no tardó con efecto en ponerse en camino, sin olvidarse de pedir al Doctor la llave del escritorio donde habian quedado los papeles.

Gozando el Doctor por la noche de la tranquilidad que proporciona la conciencia de una buena accion, pasó á casa de Mr. Angus, y le aconsejó que á la mañana siguiente fuese

al palacio, y en seguida saliese de la ciudad.

"¡Cómo! exclamó el jóven: ¡partir sin ver ni hablar á la que amo! Doctor, eso es imposible."

El Doctor sostuvo que era preciso, y añadió que si no queria seguir exactamente el plan que le propusiese, no se mezclaría mas en sus negocios.

"Vos hareis de mí cuanto querais, replicó él con viveza, pèro será despues que una sola vez la vea; no pido mas que una vez."

El Doctor se levantó, y cogió su sombrero: Mr. Angus suspiró, despues aparentó tranquilizarse, y entonces el Doctor continuó: "Debeis salir de Edimburgo: vuestro viaje en el momento en que van á abrirse las vacaciones, y la ciudad se llenará de gente, parecerá extraordinario, y dará

márgen á que se formen mil sospechas. Yo me alegro de ver que Katia no os tiene una inclinacion bien decidida; pero ademas es preciso que tenga fundamento para despreciaros: espero que su orgullo ofendido la obligará á exigir esto de su madre; y cuando ya os halleis completamente libre de todo compromiso con ella podreis regresar al momento."

Mr. Angus agradeció al Doctor el zelo con que se ocupaba en la fama de la casa de Buhanum á sus propias expensas; pero añadió que no consentiria en el plan que se le habia trazado, sino con la condicion de que antes veria al objeto de su amor.

El Doctor reflexionó en ello. Esta visita no era dificil de proporcionar, pues Rosa habia prometido á la hermana del Doctor ir á visitarla acompañada de Emma y de Jessy; mas

las crueles sensaciones que debia experimentar en el momento de consentir en un paso definitivo, que tal vez para siempre le quitaria el objeto que amaba con tanto ardor, eran las únicas que le daban escrúpulos, y causaban su incertidumbre. Á pesar de este combate interior tan cruel salió con victoria, y despues de algunos minutos de silencio anunció á Mr. Angus que procuraria proporcionarle una visita con el objeto de su pasion la tarde siguiente.

En consecuencia de este plan fue Miss Cameron el dia siguiente á Holy-Rood á recordar á Rosa su promesa, y convidarla así como á sus amiguitas á venir á Saint-Andrew's-Square.

Como aquel dia no comia en casa Mistress Buhanum no tuvo Rosa ninguna objecion que hacer, y Miss Cameron volvio á noticiar á su hermano

el desempeño de su comision.

Como era la primera visita que Rosa hacia en Escocia, excepto las del Burnseede, se detuvo en el tocador mas de lo acostumbrado; pero su adorno era sumamente sencillo, aunque elegante: sus hermosos cabellos negros hacian resaltar la blancura de su rostro sin ninguna especie de adorno, y el conjunto de su persona ofrecia una gracia encantadora, á la que era imposible resistir.

Cuando Mr. Angus entró en el cuarto de Miss Cameron Rosa se puso colorada, y pareció todavia mas hermosa por los brillantes colores que se fijaron sobre sus mejillas.

El joven apénas podia contener su arrebato: veía á la que habia hecho una impresion tan profunda en su corazon, y la veía mil veces mas encantadora y perfecta que lo que su

imaginacion se la habia pintado, y la elegancia de sus modales, la noble dignidad de su cuerpo, la amabilidad y gracias le llenaron de una admiracion, que llegó casi al delirio.

Miss Cameron, cuyo excelente corazon siempre se hallaba de acuerdo con las sensaciones que experimentaba el de su hermano, gozaba el placer de conducir la conversacion á los asuntos en que podian desenvolverse con tanta ventaja el exquisito juicio y los conocimientos de su jóven amiga; y ignorando Rosa el poder de sus gracias, y considerando á Mr. Angus como esposo futuro de Kattia, se prestaba con facilidad y confianza á la conversacion animada que se establecia. El placer y la admiracion apasionada que se pintaban en el rostro del jóven no podian escapársela enteramente, ni tampoco debian parecerla

indiferentes, pues era de su interés y ventaja hallarse honrada y estimada de un hombre, á quien Mistress Buhanum y sus amigos miraban como el gefe futuro de la familia.

Despues de haberse pasado dos horas en esta visita agradable, Rosa hizo una señal á sus compañeras, y se levantaron para despedirse.

Mr. Angus, que durante este tiempo habia aprovechado todas las ocasiones de dar gracias al Doctor, y manifestarle su enagenamiento y gratitud, se vió en la precision de disimular la pena, mirando partir á Rosa; pero no se atrevio á entregarse al imperioso ascendiente que le dirigia á intentar detenerla mas, ni aun se atrevió tampoco á ofrecerla la mano para bajar la escalera.

Aquella noche Mistress Buhanum habia vuelto á su casa antes de ce-

nar, cosa que jamas hacia, y se manifestó admirada y descontenta de que Rosa habia salido sin su permiso, y sin acabar una cierta variacion que estaba haciendo en un vestido de Kattia: á los primeros efectos de su sorpresa y disgusto sucedió un movimiento, de rabia cuando al volver Rosa la contó con dignidad é ingenuidad la casa de donde venia, el convite de Miss Cameron, y las personas que habia en la visita. Añadió que habia observado con placer cuán digno era de la hermosa Kattia Mr. Angus, no solamente por respeto á su ilustre sangre y riquezas, sino tambien por las gracias de su persona, sus modales y talento.

La colera de Mistress Buhanum la quitó la respiracion: se puso colorada, y luego pálida, ínterin Rosa contaba sencillamente sus visitas y sus

observaciones. La viuda habia puesto en tortura su imaginacion para explicarse á sí propia la singular conducta del ilustre amante de su Kattia: dos dias enteros se habian pasado sin que se presentase en su casa, y el proyecto que acababa de anunciar la víspera acerca de su partida de Edimburgo en la época de las vacaciones, el modo con que se habia despedido de su hija, sin hacer la declaracion esperada con tanta impaciencia, sin fijar el tiempo de su regreso, y ni aun pedirla el permiso de escribir, todo la parecia una conducta extraña é inexplicable, que heria su orgullo, y confundia cuantas esperanzas habia concebido. Atormentada con estas reflexiones, no pudiendo abrir su corazon a Mr. Frazer, que estaba ausente, ni aun teniendo consigo á Kattia, que se hallaba en otra visita, Mistress

Buhanum no pudo permanecer en la casa donde habia comido, pretestó un dolor de cabeza para retirarse temprano, y volvió á su casa con un ánimo muy poco dispuesto á recibir las noticias de Rosa sobre la visita que acababa de hacer.

Mistress Buhanum, á pesar de su vanidad, hacia justicia al mérito de Rosa, y el cuidado que tenia en ocultar á todos sus gracias era una prueba segura de esto; pero la evidencia de que ellas ya se habian presentado á los ojos de Mr. Angus, el pensar que tal vez él acababa de aplaudir aquella sencillez elegante que la caracterizaba, mientras que la parcialidad del Doctor acaso le habia hecho notar el talento y los conocimientos que posela, causó tanto despecho y mortificacion á la viuda, que todo el peso de su resentimiento ca-

yó sobre el objeto inocente que le habia producido.

Rosa se esforzó á calmar su colera, justificarse, y defender á Miss Cameron; pero esto era añadir leña al fuego. "Perezosa, ingrata, impertinente, artificiosa y baja criatura, exclamó la viuda furiosa, ¿ cómo habeis tenido atrevimiento de dejar la obra que os mandé acabar, y salir sin mi permiso? El Doctor Cameron puede ignorar que no es razon distraer las criadas de sus labores?"— "¡ Las criadas ! repitió Rosa." — "Sí, las criadas: ¿ y qué otra cosa sois vos? Pero puede ser que Mr. Angus os reserve un puesto mas brillante en su casa: no será el primer hombre ilustre que al casarse haga que su querida forme parte de la casa."

El ruido que causó la venida de

Miss Kattia y los que la acompañaban detuvo el torrente de invectivas con que Mistress afligía á la pobre Rosa, la cual se aprovechó de aquel momento para librarse de la tempestad.

Miss Kattia habia entablado amistad con varias personas, que desagradaban á su madre á causa de que jamas ponian el nombre de ella en sus esquelas de convite, y en aquel estado irritable, en que se hallaba, toda reflexion molesta la era insoportable: ya era cerca de media noche, y preguntó con desabrimiento á Miss Kattia de donde venia, y por qué se retiraba tan tarde.

La respuesta de Kattia no fué propia para calmar á su madre. "¿Qué significa esa pregunta?" contextó ella con un tono impertinente, y despues se tiró con desaire sobre una silla, y no se dignó hablar mas.

Es muy raro que una niña que recibe su educacion de dos personas de diferentes caractéres pueda jamas aprovecharse de los buenos principios que se la quiera imbuir.

El Mayor Buhanum desde un principio se habia esforzado á plantar en el corazon de su hija la raiz de los deberes de hija y el amor á la virtud: sus principios diversos en muchos puntos, y en otros del todo contrarios á los de su madre, solamente habian dejado en su imaginacion un respeto pasivo á las máximas de su infancia, y hallaba tédio y disgusto en ponerlas en práctica.

Las lecciones de la sabiduría, de la razon y de la experiencia, cuando se hallan desordenadas y descompuestas por el prisma brillante de una viva imaginacion, parecen muy frias, y la vanidad, el triunfo de las co-

quetas, los placeres del amor propio, las diversiones estrepitosas son las únicas que llegan á fijar el corazon incapaz de sostener la uniformidad de una virtud pacífica.

Sin embargo, á pesar del tédio que las instrucciones del Mayor causaban á su hija, era necesario que se condujese de modo que le agradase, si no queria exponerse á perder las pequeñas gratificaciones que recibía de él para fomentar su tocador; y Kattia llegó á ser por el ejemplo y la direccion de su madre una buena discípula en aquella ciencia, que mas que ninguna es peligrosa para la autoridad paterna y el honor de los hijos; es decir, la ciencia del *disimulo.*

¡Desgraciada Mistress Buhanum! Mientras que en la loca alegria de su corazon aplaudia sonriéndose la

destreza con que su hija llegaba á engañar á un padre tan bueno y tan respetable, ¡cuán poco esperaba la suerte futura que ella se iba proporcionando! No preveia el dolor que despedazaría su corazon cuando la llegase la vez de ser víctima de aquel sistema artificioso, que no solo habia aplaudido, sino enseñado con tan buen éxito.

Fuera de sí misma, perdiendo toda la paciencia, olvido en su extrema agitacion la primera causa de sus tormentos, y en vez de entablar la conversacion del asunto en que tanto la interesaba instruir á su hija, comenzó un sermon sobre la obediencia, el respeto y deferencia que se debe á las madres por unas hijas que hasta entonces habian sido el objeto de su afecto é indulgencia. En medio de este exordio pomposo la bella

Kattia salió precipitadamente, y se encerró en su cuarto, rehusando abrir la puerta, aunque la madre, que queria hablarla de los sucesos de aquella tarde, la suplicó que volviese, y la concediese cinco minutos por su propio interés.

Atormentadas así una y otra, dejaremos á la bella viuda y su encantadora hija entregarse al sueño ó á las reflexiones, y volveremos á hablar de Rosa, que no teniendo nadie de quien esperar consuelo, se sentó en su solitaria ventana, mientras que sus tristes ojos recorrian la cumbre del Calton alumbrada por los rayos de la luna. Su corazon oprimido de dolor daba frecuentes suspiros á la memoria de lo pasado; pero tambien buscaba modo de librarse de la insoportable situacion en que se hallaba, y establecer definitivamente

un plan de conducta para lo sucesivo.

Jamas la habia ocurrido la idea de que la especie de prision en que se la tenia con tanto cuidado, y la regla invariable que se la habia prescrito de retirarse con sus compañeras cuando llegaban visitas, fuese un plan concertado: mas muchas expresiones que la rabia habia arrancado á Mistress al saber su visita con Mr. Angus explicaron á Rosa no solamente los motivos de su conducta respecto de ella, sino tambien algunas circunstancias, que la habian parecido bastante misteriosas.

Rosa no pudo pensar sin indignacion en la existencia á que se la habia condenado. Obligada á trabajar sin cesar por el placer y utilidad de Mistress y de su hija, habia visto su propia guardaropa gastado en su servicio, su bolsillo agotado por los prés-

tamos contínuos á la viuda, y los mejores dias de su vida consumidos en una prision, sin que el reconocimiento, la amistad ó las atenciones la hubiesen recompensado de tantos sacrificios, y estas eran unas reflexiones, que no podian hacerse á sangre fria. Asi pues tomó la resolucion de libertarse de una situacion tan penosa, humillante y perjudicial á su salud, cualesquiera que fuesen las consecuencias de este paso, y aunque debiese justificar á los ojos de todo el mundo la reconvencion de ingratitud, que Mistress acababa de hacerla con tanto furor.

Se determinó á no reclamar los legados del Mayor, de los cuales á la verdad solo tenia ideas muy confusas; pero pensó que Mistress Buhanum no podia negarse sin injusticia á pagarla las sumas que la habia pres-

tado: en su consecuencia por la mañana copio la nota que tenia en su libro de memoria, y poniendola una cubierta, rogo á la camarera de Mistress que entregase aquella carta á su ama luego que se levantase.

La camarera respondió que su ama no solo estaba levantada, sino fuera de casa, y que acababa de partir en una silla de posta, diciendo no volveria hasta la noche.

La única circunstancia extraordinaria en este suceso era que Miss Kattia no la hubiese acompañado, y que permanecia en su cuarto sin querer recibir á nadie.

La resolucion de Rosa no se habia alterado con el sosiego de la noche; al contrario la conducta artificiosa de Mistress Buhanum, la dureza y tirania hácia ella desde el fallecimiento del Mayor, se la recorda-

ron con más viveza, y aumentaron su ira, por lo cual se ocupó en preparar su ropa, y tenerlo todo dispuesto para su marcha.

Mistress Buhanum regresó muy tarde, ó por mejor decir ya de madrugada, porque el alba venia cuando su silla de posta llegó á la puerta de la casa.

Al medio dia, cuando se levantó, la presentó su camarera la carta de Rosa, que leyó velozmente; pero como tenia que hacer las paces con Kattia, comer fuera, y asistir por la noche á una brillante tertulia, eran estos unos objetos que debian ocuparla el tiempo, y no era posible fijase su atencion en una bagatela como la de pagar sus deudas; y por lo mismo rehusó conceder media hora de audiencia al Doctor Cameron, aunque la escribio que queria hablarla de un negocio particular.

Rosa, para evitar las lágrimas de sus compañeras, no las habia participado su proyecto, creyó tambien que debia ocultarselo al Doctor por motivos fáciles de adivinar; mas sin embargo persistia en su resolucion.

Mr. Frater volvió aquella tarde á Edimburgo, y trajo un paquete de cartas para Rosa, la que apenas pudo contener el extremo de su alegría al conocer en el sobre la letra de su amada Eleonora Bawsky. En el mismo instante la camarera de Mistress Buhanum la entregó de parte de su ama un billete cerrado; pero aunque Rosa hubiera estado cierta de que contenia un billete de banco de todos sus prestamos, de que ahora tanto necesitaba, le hubiera apartado con el mismo ardor, para no emplearse sino en su Eleonora. Tenia en sus manos las pruebas de que la tierna

amiga de su infancia no la habia olvidado, y que sin duda aun la amaba: besó con transporte el sobre y el sello, y comenzó su lectura interesante; mas habiéndola chocado mucho las primeras líneas, juzgó preciso retirarse á su cuarto, donde el lector sin duda participará de su sorpresa, sabiendo que la carta decia lo siguiente.

Mi muy querida Rosa:

"Si habeis creido un momento que vuestra Eleonora era capaz de olvidaros, ó de cesar de amaros, me habeis hecho una grande injusticia; pues aunque no hayais recibido carta mia hace mucho tiempo, yo siempre he pensado en vos. En este espacio me han sucedido cosas muy extrañas, y de que no tengo paciencia para hablaros; pero vuestra Betty, que ahora es mi camare-

ra, debe escribiros todos estos pormenores, y así os ruego me disculpeis.

"En cuanto á lo demas ha salido cierto todo lo que yo habia pensado. El viejo Croack no es mi tio, ni Mistress Bawsky mi tia. Jackey, el pobre Jackey no es mi primo ni mi hermano, aunque conozco que me ama como si fuese uno y otro. Me hallo en una hermosa quinta, donde muero de tédio. No os hablaré de todo esto como acabo de deciros. Dos secretos solamente, que no puedo confiar á Betty harán el objeto de mi carta. Una bella dama que ha venido á sacarme de la casa del Doctor Croack dice á todos que es mi tia; pero cuando estamos solas llora, me abraza, y me dice que soy su único bien. Segun todas las exclamaciones, que entonces se la escapan, comprendo que soy su hija, y he aqui mi

primer secreto. Pero lo que vá á pareceros mas extraño, mi querida Rosa, es que esta hermosa dama es precisamente la misma que vimos abalanzarse al cuello de vuestro viejo Mayor la noche que precedió á vuestro viage. La memoria de esta escena está siempre fija en mi imaginacion, y cuando Milady habla de la virtud y del honor con tanta elocuencia como nuestra aya Harley, temo mucho que no sepa el lance que presencie, y que en mi juicio la hace poco favor. Así, aunque ella sea buena é indulgente para conmigo, no me determino á hablarla de vos, temiendo que esto no dé motivo á una explicacion. El hecho es que debe ser una cosa muy mortificante para una madre ver que su mala conducta es conocida de su hija. Á deciros verdad, yo creería segun la escena de que se trata, y si

Milady no repitiese mil veces cada dia que mi padre murió hace mucho tiempo, que el viejo Mayor es el autor de mi existencia. Sin embargo, si yo soy como lo supongo la *hija*, y no la *sobrina* de Milady, se podia repetir lo que se decia de los lazos que me unian á Mistress Bawsky, porque el esposo de Milady acaba de morir hace pocos meses, ínterin que sin cesar oigo que mi padre falleció ha mucho tiempo. Todo esto debe pareceros muy extraño, pero es exactamente la verdad.

»Al presente, Rosa, mi querida Rosa, vamos á llegar á mi segundo secreto, de que aguardo que no hablareis á nadie en el mundo. ¡ Pero ay de mi! Yo misma me estremezco de entrar en materia. ¡Ó querida mia! ¿De que sirve tener una tropa de criados, habitar bajo dorados techos,

sentarse en coche adornado con una corona en cada tablero? Aquí no vemos, ni tocamos cosa que no esté sellada con una corona; pero sea cual fuere el precio que se quiera dar á estas brillantes bagatelas, yo conozco que su mágia es inutil para mí, y que no alivian un corazon oprimido por el dolor. Pero aun todo esto no es mi secreto, y en verdad me avergüenzo de descubrírosle. ¡Ó Rosa! Si estuvieseis á mi lado me dariais no solamente los consejos de que necesito, sino que me animariais con vuestro ejemplo, y vuestra tierna amistad seria un bálsamo consolador, al paso que seria la salvaguardia de vuestra triste Eleonora: pero ya me apresuro á satisfacer vuestra curiosidad.

»El pobre Jackey Croack, que ha sufrido tan malos tratamientos de parte del viejo Doctor.... ¡Cuanto me

alegro de verme libre de toda relacion con ese hombre bárbaro..... Ya habeis sabido, Rosa, todo lo que el tio del pobre Jackey decia de él, y cuán buen muchacho era. Pues ahora bien: cuando yo vi, despues de vuestra partida, hasta qué punto el viejo Croack era desnaturalizado, y que ni aun se dignaba informarse de la suerte de su hijo, aconsejé á Jackey que huyese de la casa de su tio, é hice llegar á sus manos todo el dinero que yo tenia, á fin de que pudiese entrar en una escuela. Cuando venia á Penrry me enseñaba regularmente todas sus obras, y no podeis figurar los progresos que hacia, y cuánto gusto me daba. Pero en el momento en que yo gozaba de los mejores conocimientos que adquiria el pobre Jackey, he aquí llega un hermoso coche á la puerta del Doctor, se apea la bella dama de que

tratamos, y quiere hablar al viejo Croack. Este malvado estaba mas pálido que un cadáver cuando acabo la conferencia, que tuvieron, y despues he sabido que habiendo él recibido yo no sé cuantos miles de libras esterlinas para mí, las habia empleado en su provecho, levantando casas, y tomando la tienda de un famoso boticario en el barrio de Walbroock, &c. Vos convendreis, Rosa, en que esta conducta era indigna; pues, como Milady ha observado, los intereses de las sumas, que se entregaron, eran harto considerables para hacerle vivir honradamente, y si Milady hubiera muerto antes que su marido, yo me hubiera visto tan pobre como Jackey. Pero si el viejo Croack hubiese gastado mi dinero en dar á su hijo una educacion brillante, aun yo lo hubiera juzgado muy natural; pero nada

de eso: él no ha pensado sino en satisfacer su propio orgullo. En fin, querida Rosa, yo no tuve tiempo de enviar una sola línea al pobre Jackey para informarle de mi viaje, ó por mejor decir, estaba tan turbada á vista de lo que me sucedia, que en nada pensé. Despues de haber tratado Milady al Doctor como merecia me llevó consigo á una casa magnífica, donde un boulingrin (*), que hallé bajo mis ventanas, fue todo lo que encontré conocido, pues la casa de los Mushroom, y la que ocupabamos en el Walbroock, aunque era muy grande, no podia compararse á la magnificencia de la que entonces habité.

„Desde que fijé los ojos en Milady la conoci: creía al principio que

(*) Llaman así los hortelanos las calles de los jardines cubiertos de céspedes y box.

iba á darme noticia de vos, y esperaba que me hablase; pero cuando supe luego realmente quién era, no me atreví á romper el silencio. ¡Ah, Rosa, qué feliz sois! ¡cuánto envidio vuestra suerte! porque no os podeis figurar cuánto padezco, estoy flaca, y he perdido mis colores. Milady me convida frecuentemente á ir á tomar el aire en el boulingrin; pero esto no me consuela.

»Un dia que estaba yo en mi ventana ví un hombre mal vestido, que parecia labrador, cubierto con un mal sombrero, y que miraba mucho á mi casa. Al principio hice poco caso de ello; pero cuando bajé al boulingrin para pasearme, seguida de dos corpulentos lacayos, que regularmente me esperan á la puerta, ví al mismo hombre, y al acercarme conocí á Jackey Croack. ¡Oh, Rosa! por poco no me

desmayo ; pero fue la fortuna que Betty habia salido á comprarme un sombrero, y nadie se hallaba á nuestro lado. Yo me detuve á hablar con el muchacho: se puso á llorar, exclamó mil veces que no tenia en el mundo mas amigo que yo, y tambien lloré con él. En fin, mirando mi relox al cabo del tiempo que estuve hablando, y que suponia ser pocos minutos, ví que habian pasado mas de tres horas. Inquieta Milady por desgracia con mi larga ausencia se puso á la ventana, y vió que estaba hablando con aquel pobre muchacho. Cuando volví á casa me habló largamente de la conducta que debia prescribirme mi elevado nacimiento, y desde entonces ha crecido por instantes mi tristeza. Milady me llevó entonces á Bath, donde ví dos ó tres veces al pobre Jackey: despues hemos via-

jado creo que por todo el reino, y al fin hemos venido aquí.

»Al cabo de una semana bajamos á comer á la sala, pues hasta entonces Milady comia en su cuarto á causa de su salud delicada. Juzgad, mi querida Rosa, cuál seria mi sorpresa al ver entre los criados al pobre Jackey, vestido con una librea nueva, y disponiéndose á servirnos. En verdad no podeis figuraros cuán bien parecia. Yo ignoro como tuve fuerzas para llegar hasta mi silla, y conocí que mi rostro ardia. Por la mayor felicidad del mundo Betty jamas va á hablar con los criados, y así hasta ahora no ha encontrado al pobre muchacho; pero yo temo mucho que le encuentre y le cônozca, de modo que no me atrevo á buscar ocasiones de hablarle: sin embargo, cuando veo sus ojos inchados con lágrimas como los mios,

yo no puedo comer ni dormir. Ahora conocereis, mi buena y querida Rosa, en la situacion en que me hallo. Ciertamente yo debo parecer orgullosa é ingrata no hablando á un pobre jóven, que ha sido el compañero de mi infancia, y que es tan desgraciado por tener tan indigno padre. Pero si me entrego á la compasion hácia él incurriré en la desgracia de Milady, cuya bondad me es tan interesante. ¡Ah, Rosa! si estuvieseis aquí, estoy cierta de que hallariais el medio de conciliar mi deber con mi posicion, y la falta de este medio creo que me causará la muerte. Mi espíritu estaba tan turbado cuando habitabamos en Londres, que no tuve aliento de escribiros, y despues que salimos de allí, temí que Milady viese el nombre de Buhanum en el sobre de vuestra carta, y así no me deter-

miné á escribiros; pero ahora, que Betty ha ido á hacer algunas visitas á la poblacion inmediata, os envio esta carta bajo su sobre, en virtud de que ella me ha ofrecido dirigírosla.

„La pobre Betty es siempre la misma, vanidosa y habladora; pero tiene buenas cualidades. ¡Ah, querida Rosa! yo acabo esta carta con una expresion, que la fuerza de la verdad me arranca, y es que á pesar de que aborrezco al Doctor Croack, y que me era insoportable Mistress Bawsky, nada deseo tanto como estar en Penrry y en vuestra compañía. Es bien cierto que este seria para mi salud remedio mas eficaz que la leche de burra, que el pobre Jackey trae todas las mañanas á la puerta de mi cuarto. Á Dios, mi Rosa, mi tierna amiga: no dejeis de escribirme,

y amad siempre á vuestra desgraciada

ELEONORA."

Betty acompañó á esta carta otra de su mano, sin ortografia, y llena de sus sandeces acostumbradas, que hemos omitido, porque su contexto no interesa á la inteligencia de esta historia.

Mistress Buhanum y toda Escocia se borraron enteramente de la memoria de Rosa apénas leyó estas dos cartas. Betty, como habia observado Eleonora, era siempre la misma: su respeto y su consideracion eran relativos á las circunstancias, y creía poderse desentender de toda atencion respecto á una joven, que vista su pobreza actual, no era ya la Miss Buhanum, rica heredera del Coronel, sino aquella pobre mendiga, cuya memoria conservaba. Sin embar-

go de las ridiculeces é impertinencias de su carta, lejos de ofenderse Rosa se hubiera reido de ellas, si la ingenuidad interesante, las penas y la crítica situacion de su pobre amiga no hubieran ocupado exclusivamente su corazon y su pensamiento.

El pasage de la carta de Eleonora, que habla de la dama, que con justicia suponia ser su madre, causó á Rosa la mayor sorpresa; pero aplaudió la prudencia de no haberla escrito, porque una carta dirigida á Castle-Gowrand hubiera sin duda alarmado á Milady, despues de la afectuosa visita que ella habia hecho al Mayor la víspera de su partida, y que sin duda debia encerrar algun misterio.

Rosa se entretuvo luego en pensar sobre el objeto principal de la carta de su amiga. Ella conocia el

vivo afecto que subsistia entre el jóven Croack y Eleonora; pero como ésta pasaba por hija natural del Doctor, y el aborrecimiento de este hombre para con su hijo era generalmente conocido, Rosa siempre habia fomentado la inclinacion de su amiga respecto á un muchacho, á quien todos compadecian. Mas un afecto tan íntimo y tan profundo despues de haberse descubierto que ningun parentesco los unia, era un objeto de la mayor importancia para ellos y para sus amigos.

"¡Ah! exclamó Rosa, sin duda era el ángel tutelar de mi Eleonora quien me inspiraba la resolucion de dejar á Escocia. Sí: yo voy á acelerar mi partida: mi pobre Eleonora necesita de mis consejos y de mis consuelos: quiera Dios que mis debiles fuerzas puedan dulcificar sus penas."

En este momento la memoria de las deudas de Mistress Buhanum, é igualmente otras muchas reflexiones tristes, ocurrieron á su pensamiento, y abrió la carta que la habia dado la camarera de Mistress, y que contenia muchos papeles de harta importancia para formar capítulo separado.

CAPÍTULO VI.

El primer papel que Rosa cogió en la mano era una memoria muy detallada puesta á nombre de los dos testamentarios, en que estaban todos los gastos de su manutencion desde su llegada á Castle-Gowrand, hasta la muerte del Mayor. Tambien se habian reunido los gastos de su viaje de Londres á Escocia, los que habia causado el transporte por mar de su equipage hasta Dundee, y luego por tierra á Castle-Gowrand, ni tampoco se habia olvidado incluir los gastos de su viaje á Edimburgo.

Á esta memoria acompañaba otra, detallando lo que debia por su manutencion, alojamiento, y gastos accidentales desde la muerte del Mayor hasta el dia presente, firmada por

Mistress Buhanum, que habia inclinado la balanza muy en su favor; de modo que Rosa se halló deudora de cincuenta y nueve libras esterlinas á la testamentaría y diez y siete á Mistress Buhanum.

Los papeles se cayeron de la mano de la desgraciada Rosa, que quedó inmovil como una estatua; pero habiéndolos leido otra vez, comenzó á comprender la verdadera posicion en que se hallaba en casa de la viuda del Mayor.

Su digno y respetable amigo la habia dado á entender que en virtud de la pequeñez de espíritu que conocia en su esposa, y de la fuerza de las preocupaciones que reinaban en Escocia, queria sepultar en el silencio su verdadero nacimiento, y que habia tomado todas las precauciones para que ningun suceso pudiese des-

cubrirle, á menos que ella no consintiese en publicarlo.

Colocando á Rosa en su casa como aya de sus hijas temia que su muger no fuese un tirano para aquella interesante jóven, y al contrario presentándola como una huéspeda libre, independiente, y con derechos á su proteccion, le parecia que Mistress no podia dejar de tratarla al menos con política. Pero este plan acaso debia menos su orígen á la tierna amistad del Mayor para con Rosa, que á la idea que se obstinaba en conservar á pesar de las declaraciones positivas que habia en contrario, juzgando que la bajeza de su nacimiento, y deplorable posicion en que se hallaba cuando el Coronel empezó á protegerla, serian efecto de una combinacion misteriosa, que el tiempo descubriria infaliblemente, y que tarde

ó temprano se patentizaria que su orígen era tan ilustre como su persona y talento eran nobles y distinguidos.

Convencida Rosa por estas reflexiones de que Mistress tenia en cierto modo algun derecho para exigir el pago de sus cuentas, quiso repasarlas otra vez: ¡mas cuál fue su sorpresa cuando en lugar de hallar en el encabezamiento el nombre de Miss Rosa Buhanum, encontró el de Rosa Wilkins, que tan bien habia conocido en los primeros años de su infancia!

¿Cómo era que su verdadero nombre, cuyo descubrimiento debia ir acompañado de todas las anécdotas humillantes, que le eran inseparables, habia podido llegar á noticia de las personas que tanta inclinacion tenian á mortificarla? Esta reflexion encerraba un misterio, que no podia penetrar; pero á ella le causó tanto

dolor como sorpresa.

¿Habian abierto acaso la carta de Eleonora? Buscó el sobre, pero bien pronto se acordó de que en los primeros momentos de su alegría le habia tirado en la sala. Volvió á leer con atencion toda la carta, y no halló una sílaba que pudiese conducir al descubrimiento de su orígen. El mismo charlatanismo de Betty, aunque contenia alusiones á aquel suceso, no podia ser entendido ni interpretado sino de las personas que estuviesen instruidas de los lances que recordaba.

Sentose Rosa con el rostro ardiendo, y el corazon hinchado de penas, en un rincon de su cuarto, y continuo leyendo los fatales papeles. Cada artículo de las deudas de que se la cargaba causaba nueva sorpresa y tormento. El viaje de Castle-Gowrand á Edimburgo le habia hecho en la silla

del Doctor, y sin embargo se la ponia un tanto por el alquiler del carruage.... ¿Era esto efectivo? ¿Podia cometer tal bajeza el Doctor Cameron? Aquel, cuyos labios no se abrian sino para expresar los sentimientos del candor y de la generosidad, aquel que hablaba tan poco y tan bueno ¿podia ser un impostor? ¿Pero cómo se atreveria á firmar su nombre en un papel que no hubiese aprobado? Rosa no ignoraba que ninguno de los dos tutores podia pasar á hacer cosa alguna sin el consentimiento del otro.

Cansada de hacer conjeturas, no pudiendo desembrollar el caos de su imaginacion, y cediendo á un violento dolor de cabeza, creyó que el aire libre podria aliviarla, y sin advertir el camino que tomaba se halló maquinalmente en la cumbre de Calton.

La vista del cielo no interrumpi-

da por nube alguna, el aspecto del pintoresco paisage que se extendia á sus pies, las aguas transparentes del *Forth* (*), deslizándose con un silencio magestuoso entre las riberas de *Fife* y de *Lothuan* (**), y llevando sobre sus ondas ligeras una porcion inmensa de barcos de toda especie, el grupo de montañas que terminan aquel horizonte; y en fin, la inmensa extension del océano, sobre cuyas ondas parecia que apénas se movian los buques distantes, todo este cuadro sublime, que nunca dejó de inspirar á Rosa una viva admiracion y gratitud religiosa al autor de tantas maravillas, la sugirió entonces la confianza de descansar enteramente en la bondad infinita y poder sin límites que preside á la suerte de tantos millares de indivi-

(*) Rio caudaloso de Escocia.

(**) Provincias de la Escocia.

duos, y que con igual facilidad puede elevar á los miserables á la cumbre de la opulencia, como precipitar á los potentados en el polvo, y que en fin, velando sobre el conjunto de este vasto universo provee á las necesidades del reptil mas pequeño.

La serenidad, resignacion y valor que formaban los rasgos principales del carácter de Rosa la pintaron de otro modo su situacion, y la miró con mas tranquilidad que hasta entonces la habia visto. Pensó que si se habia descubierto su miserable orígen, no habria ningun ardid, accidente ó combinacion de cuantos intentase la malicia humana, que fuese capaz de empañar su virtud, ni quitarla el conocimiento íntimo de su inocencia.

"Yo soy pobre y desgraciada, decia; pero si vuelvo al estado miserable de que me sacó mi generoso pro-

tector, conservaré á lo menos los excelentes principios que debo á la educacion que he recibido, y mi alma no se manchará con los vicios de la desgraciada madre que me ha abandonado. No puedo persuadir á los otros de la rectitud de mis principios; pero me atrevo á fijar con confianza mis ojos en esa bóveda celeste, donde mi virtuoso bienhechor y el excelente Mayor velan acaso ahora mismo sobre mi triste posicion. ¡Oh! ¡si á la beatitud eterna reservada á sus almas puras se reuniese el conocimiento de lo que pasa aquí abajo, si ellos pudiesen juzgar de los deseos y sentimientos que animan este corazon, que ambos formaron con su ejemplo, al amor de la justicia y la virtud, entonces sus súplicas reunidas alcanzarian de la divina Providencia apartar las desgracias que me amenazan!"

Este movimiento de entusiasmo alivio el dolor de Rosa: creia gozar no solamente de la proteccion sobrenatural de su bienhechor y del Mayor, sino que la parecio que la alma de Mistress Walsingham giraba alderredor de ella, que hacia justicia á su inocencia, y compadecia su situacion.

"El mundo, reflexionaba, es para mí semejante á la soledad que ahora paseo. ¡Ah! ¿Qué haré yo entre los hombres que semejantes al Doctor Cameron profesan virtudes, que desmienten con su conducta?" Rosa hacia estas reflexiones atravesando el Monte Calton; pero el sol en toda su gloria acababa de eclipsarse entre el grupo de nubes doradas: sus rayos brillantes no alumbraban ya el animado verde de la campaña, y la sombra, que se extendia por las aguas del océa-

no, la advirtió del peligro que corria en haberse detenido tanto en un parage tan solo. Su corazon se comprimió nuevamente al subir las escaleras del palacio, y todos los inconvenientes de su triste situacion se representaron de nuevo á su alma con mas fuerza que nunca.

¡El Doctor Cameron! ¡Ah! ¿podia ser bastante cruel para robarse así su estimacion y su confianza? ¿Á quién habia ahora de dirigirse? ¿Quién querria proteger á Rosa, asistirla en su indigencia, ofrecerla un asilo por una sola noche en un país donde se hallaba como absolutamente extraña, aunque habia vivido en él tres años?

No podia suponer que Mistress Buhanum se hubiese tomado el trabajo de inquirir sus desgracias, á no haber sido por algun motivo secreto; y entonces era bien probable que aque-

lla muger dura é imperiosa tendria un placer maligno en publicarlas.

Estaba en su mano acusar á Rosa de impostora, pues habia entrado en su casa bajo un título, á que no tenia ningun derecho, y esta relacion se creeria sin duda: ¿ pues qué defensa podia hacer una pobre forastera, que no tenia á su favor sino su inocencia, y en su contra todas las probabilidades? El respetable amigo, el único que hubiera podido explicar sus motivos, y justificar su conducta, que él mismo habia trazado, era ya un frio cadáver, y ningun ser sobre la tierra poseía los medios de reemplazarle.

Para colmo de desgracia Rosa se hallaba absolutamente falta de dinero, y no sabia cómo libertarse de la odiosa acusacion de impostora, de que temblaba su corazon.

Al regresar al palacio dirigió involuntariamente sus pasos hácia á aquel cuarto donde habia pasado tantas horas penibles y laboriosas para satisfacer los caprichos de Mistress Buhanum. Aquel lugar, que siempre la habia parecido melancólico, la ofreció entonces un aspecto funesto y espantoso. No encontró en él ni á la bulliciosa Emma, ni á la chancera Jessy; pues se habia tenido la precaucion de alejarlas de una compañera, que no era digna de su trato. Una criada, cuyo bárbaro lenguage apénas era inteligible, llevo una luz, la puso sobre una mesa, donde estaban las ropas, que aun no se hallaban concluídas, y se retiró inmediatamente.

Rosa miro con espanto alderredor de sí: su corazon se queria salir del pecho; pero un copioso llanto vino felizmente á aliviar su dolor.

Entoncés pensó en el partido que debia tomar: ningun plan la pareció mas conveniente que el de solicitar una conferencia con Mistress Buhanum, explicarla las diversas circunstancias anteriores á la muerte del Mayor, pedirla algun préstamo suficiente para su viaje á Londres, y ofrecerla para seguridad del pago su hermoso piano, que valia cien libras esterlinas, su harpa de Francia, que habia costado noventa, un gran número de libros de música y la principal parte de sus ropas; todo lo cual habia quedado en Castle-Gowrand: de modo qüe se hallasen á la vista inmediata de Mistress Buhanum, hasta que se pagase la suma prestada.

Sin embargo Rosa se indispuso bien pronto contra la idea de conferenciar con Mistress: no queriendo exponerse á presentarse delante de una

muger, á quien no podia estimar, y que era incapaz de comprender el lenguaje de la verdad cuando contrariaba á sus pasiones y á su orgullo, se decidio á escribirla simplemente sus proposiciones, sin entrar en mas detalles.

Mistress Buhanum habia salido. Sin embargo Rosa escribió algunas líneas, rogo á una criada que se las entregase á su ama cuando volviese, y habiendo implorado la proteccion del cielo se acosto: durmió con el sueño de la inocencia, y despertó por la mañana una hora mas tarde que la que acostumbraba.

Al levantarse halló un billete abierto sobre su mesa, en el cual leyo que...

"Mistress Buhanum no tenia nada que decir en un asunto que pertenecia únicamente á los dos tutores. En cuanto a las deudas cuyas pro-

pias, si no hubiesen sido seguidas de circunstancias tan agravantes, no tendria nada que objetar á lo propuesto."

¡Los dos tutores! ¡Así pues el Doctor Cameron se hallaba de acuerdo con su compañero! Esto pensó Rosa, y demasiado irritada contra él para solicitar hablarle, solo volvió los ojos á Mr. Frazer, quien no habia ganado ni perdido en su opinion, pues apénas le conocia, ni le habia oido hablar.

En virtud de esto le envió á decir la concediese el favor de una conversacion particular, y recibió por respuesta que aguardaba sus órdenes en el gabinete de Mistress Buhanum.

Cuando ella entró él la presentó una silla con mucha cortesía, y despues, sentándose él tambien, pareció esperar con un aire grave é importante lo que tenia que comunicarle. Es-

te modo afectado, y la aptitud impo•nente que Mr. Frazer se esforzó á tomar, produjeron sobre Rosa el efecto que él esperaba, pues á pesar de todo el valor que podia inspirarla el convencimiento de su inocencia se halló muy confundida. Sin embargo, después de algunos minutos de recogimiento interior, recobró su ordinaria serenidad; y mientras que Mr. Frazer jugaba con su caja con un aire distraido, ella le expuso los convenios que habia propuesto á Mistress Buhanum para la liquidacion de las deudas que se la suponian.

Mr. Frazer pareció quedar sorprendido. ¡*Sus* instrumentos, *su música*! Ciertamente él no comprendia lo que ella queria decir: conocia demasiado á su difunto amigo para persuadirse de que no hubiera tomado prestadas estas cosas de una persona de su si•

tuacion para el uso de sus hijas. Por otra parte no podia dudar que estos instrumentos fuesen una propiedad exclusiva del Mayor, y por lo tanto á la disposicion de su amable viuda, y que así los habia incluido en el inventario; ademas de que esto no solamente habia sido con el consentimiento de su digno compañero, sino tambien segun la voluntad expresa del Mayor, que destinaba á su viuda el goce de todos los efectos y muebles de la quinta hasta que sus hijas saliesen de la tutela.

Rosa al dejar á Castle Gowrand habia cedido de algun modo al presentimiento de que no habia de volver, y habia metido los instrumentos en sus cajas, substituyendo un papel con direccion á Londres, en lugar del que ellos tenian con la de Dundee. Esta disposicion era conocida de

toda la familia, y hecha tambien en presencia de Mistress Buhanum; de modo que sin injusticia no se la podia contestar la propiedad de estos objetos.

"En fin, dijo Rosa con indignacion, ¿ha decidido Mistress Buhanum que estos objetos no me pertenezcan?"

Mr. Frazer bajó los ojos.

"La afrenta y las ofensas que Mistress Buhanum ha recibido, respondió él, la han afectado tanto, que yo no he pensado en hablarla de este asunto." — "¡Afrenta, ofensas, Mr. Frazer! esclamó Rosa: ¿Y quién puede haber ofendido á Mistress Buhanum? Ademas, ¿esto no me pertenece? y yo no veo que las ofensas que ella ha recibido tengan nada de comun con mis negocios." — "Tal vez Miss. . . . Miss. . . . Wilkins, la introduccion de una aventurera de vuestra clase (yo

os suplíco disimuleis mi fránquéza) puede ser, repito, que la introduccion de una aventurera de vuestra clase en la casa de una muger distinguidà, y en cualidad de compañera de sus hijas, no os parezca mas conveniente que á mí. ¡Ah, mi pobre Mayor, con qué mancha habeis obscurecido las brillantes cualidades que quiso daros la naturaleza!"

Rosa no pudo sufrir esta apostrofe indecente contra la memoria del digno Mayor, ni resistir á su viva indignacion, viendo la bajeza de aquellos que intentaban arruinarla, oprimiendola bajo el peso de sus desprecios é invectivas.

"Muy bien hareis, señor (dijo ella con severidad), en no pronunciar ese nombre respetable, ni calumniar un caracter, que no os atreveriais á atacar impunemente en pre-

• •

sencia de otro." — "¡Ola! y decidme ¿por qué, Miss..... Miss..... Wilkins?" — "¿Por qué, Mr. Frazer? porque entonces excitariais comparaciones demasiado humillantes entre el hombre virtuoso, que ya no existe, y los que le han sobrevivido."

Rosa ignoraba toda la fuerza de esta ironía; pero Mr. Frazer pareció desconcertado. Abrió su caja: aplicó á sus narices un gran polvo: sacudió su vestido, y preguntó á Rosa si tenia alguna cosa que decirle.

"Solamente ésta, replicó ella: vos me habeis hecho deudora de una suma de dinero considerable, es decir, considerable para mí que soy *pobre*. Vos me habeis privado de todos los recursos que me quedaban para pagarla: tened la bondad de decidme lo que me reservais todavía, y quedaré reducida á proveer por mí misma á la

suerte que me espera." — "Mistress Buhanum os hará conocer sus intenciones," replicó Mr. Frazer. — "Yo no quiero tratar con Mistress Buhanum," respondió friamente Rosa.

Mr. Frazer se inclinó y dijo: "pues será con el Doctor Cameron." — "Ni tampoco con él," esclamó Rosa.

Una alegría maligna se esparció entonces por la fisonomía de Mr. Frazer, en términos que apénas pudo ocultarla: tomó otro polvo, y temiendo que Rosa no conociese la falta que acababa de cometer despreciando la intervencion de su compañero, aparentó una tos violenta, y dijo: "¿con que no quereis tratar con el Doctor Cameron? En verdad, Miss Wilkins, esto me parece muy extraño; y lo siento realmente, pues siempre estuve en la creencia de que el Doctor era vuestro amigo particular."

Rosa contestó, que tambien ella lo habia *creido*; pero que despues se habia persuadido de lo contrario, y repitio su resolucion de no tener nada que tratar con el.

"Ciertamente, Miss Wilkins, dijo él con una dulzura afectada, vos no teneis que esperar aquí nada mas."— "¡De verdad, Mr. Frazer!"— No, Miss Wilkins; pero os prevengo que tendreis que presentar una fianza por vuestras deudas á la testamentaría del Mayor antes de que os sea permitido salir de Escocia."

El corazon de Rosa se hinchó de nuevo: sus sensaciones se hicieron demasiado vivas para que pudiese resistirlas; salio con precipitacion, y se refugio á su antigua prision; pero hallo cerrada la puerta, y puestos en el corredor los lios que tenia hechos.

Mr. Frazer habia ido tras ella; mas sin embargo la dejó gozar de toda su sorpresa sin interrumpirla, y ya iba ella á pasar por delante de él, sin verle, si él no la hubiese pedido licencia para hablarla dos palabras.

"Miss Wilkins, la dijo, yo he considerado bien cuán desagradable seria para la familia de mi difunto amigo que esta aventura se divulgase: sin embargo, como sé que vuestro deseo es volver á Inglaterra, yo no deseo mas que estar cierto de esta resolucion, y entonces en lugar de verme obligado á perseguiros por crímen de impostura, os ofreceré gustoso pagar de mi bolsillo los gastos de vuestro viage hasta Yorck ó Carlisle."

Acabando su discurso Mr. Frazer parecia aguardar la respuesta de Rosa; pero esta fuera de si misma,

el rostro inflamado, y el corazon oprimido de amargura, le echó una ojeada airada, y precipitó su marcha hácia la escalera, la bajó sin saber dónde queria ir, y se halló en el portal, que atravesó con la misma rapidez, cuando el Doctor Cameron, que entraba por las puertas del palacio, se presentó delante de ella, y exclamó entre sorprendido y alegre cogiéndola por la mano: "Querida Miss Buhanum, cuánto celebro::::"

La cólera, la indignacion, el desprecio, todas las violentas pasiones que pueden anunciar unos ojos naturalmente expresivos, se pintaron en la única mirada que Rosa echó al Doctor; y despues arrancando con fuerza su mano, que aun tenia agarrada, salió como un rayo por la puerta á la calle.

CAPÍTULO VII.

El Doctor Cameron, que jamas habia visto la fisonomía de Rosa (dulce y encantadora por sí misma) turbada por alguna pasion violenta, quedó tan sorprendido como picado de la conducta que observaba para con él. Ocupado en el sacrificio que hacia de sus mas halagüeñas esperanzas al bien estar y fortuna de la que amaba, buscando en aquel momento el acelerar el éxito de la negociacion que habia emprendido en favor de Mr. Angus, sufrió el mas vivo pesar del tratamiento que acababa de recibir, y regresó despechado á su casa, ínterin que Rosa, víctima siempre de la misma agitacion, continuaba andando por calles que jamas habia pisado, y sin conocer que la

precipitacion de sus pasos, su aire elegante, sus hermosos cabellos, y una parte de su rostro, visible por el descuido con que llevaba puesto su velo, se atraían la atencion general, y era causa de que la siguiese un grupo de curiosos.

En aquella época se iban á abrir las vacaciones, y así era el tiempo en que la ciudad de Edimburgo parecia mas alegre, mas animada, y en fin mas llena de pobladores. Las tiendas estaban adornadas con gusto, las casas se habian revocado, las calles estaban llenas de una porcion de gente dispuesta á divertirse; pero nada de todo esto fue capaz de distraer á Rosa de sus melancólicas reflexiones, hasta el momento en que viendose sobre un puente se detuvo, miro al rededor de sí, y quedó llena de confusion hallándose en me-

dio de un grupo de gente, y hecha objeto de la curiosidad general. Tambien observó asustada que la seguia una porcion de aquellos jovenes, que siempre se hallan en todas partes, y que parece han nacido solo para llenar los espacios vacíos que haya en el mundo, é incomodar á los que tienen la facultad de pensar.

El viento que soplaba con violencia, y contra el cual Rosa no tomo ninguna precaucion, al volver la cabeza la arrancó su sombrerillo, el cual estando unido á una especie de gorrito, que tenia puesto, voló por la calle abajo, y dejo su hermoso rostro parte cubierto por sus cabellos, y parte expuesto á las miradas de los curiosos. Uno de aquellos jovenes corrio tras el sombrerillo, otro la ofrecio su auxilio para sujetar las bellas trenzas de sus cabellos, y muchos la

llenaron de cumplimientos y elogios: otros empezaron á chancearse, y el mayor número la miraban cara á cara haciendo en voz baja ciertas observaciones, que aumentaban su confusion.

Fuera de sí misma, y llena de terror, hacia varios esfuerzos para defender sus cabellos de la violencia del viento, y para escapar de entre la gente que acudia á verla; pues los que estaban cerca se aproximaban mas para mirar una figura tan bella, y los que estaban léjos se informaban de lo que excitaba la curiosidad de los otros, y corrian para satisfacer la suya propia.

Una jóven, cuyo trage no tenia de notable sino su misma sencillez, y que llevaba en su rostro el sello de la dulzura y benevolencia, habia seguido á Rosa, ya hacia algun rato

La precipitacion de su marcha habia fijado la atencion de Mistress Steward; pero la elegancia de su talle, su belleza y sus gracias excitaron despues su curiosidad, la cual no hubiera quedado satisfecha, si Rosa no se hubiese detenido en el puente. Entonces fue cuando, acercándose Mistress Steward, la descubrió en medio de aquel grupo con la confusion, el dolor y el terror pintados en su hermosa fisonomía.

No sabiendo Rosa lo que hacia, ni conociendo el parage en que se hallaba, intentaba siempre desviarse de la gente, mientras que un hombre muy bien vestido, y que parecia de ilustre clase, corrió á la plaza de Shakespeare, bajo el puente (*),

(*) Es necesario advertir á los que no han estado en Edimburgo que por bajo de este puente no va agua.

donde el viento habia arrojado el sombrerillo, y se le alargo: ella le recibio con rubor, hizo una cortesía, y procuró acomodársele de prisa.

Fiado el caballero en el servicio que la habia hecho, y animado por la extremada timidez de Rosa, cuyos cabellos movia el viento en todas direcciones, la ofrecio acompañarla á su casa, y la hizo observar que la curiosidad de la multitud ya era verdaderamente impertinente; que haria mal en exponerse por mas tiempo á ella, y que debia aceptar su compañía para salir de aquel aparo.

Rosa estaba demasiado deseosa de librarse de aquel gentio, y en la triste situacion en que se hallaba tal vez no hubiera despreciado el auxilio de aquel caballero, que con tanta franqueza la habia ofrecido su proteccion, si en el instante de oirla no se hu-

biese acordado de que no tenia *casa.*

"Vamos, bien mio, dijo el caballero en un tono familiar, admitid mi brazo para apoyaros."

Mistress Steward, que entendia bastante de fisonomías, se habia parado á muy corta distancia para examinar con atencion la de Rosa, y velar sobre todos sus movimientos, y pensó que si aquella muchacha no era el mismo candor é inocencia, era la criatura mas falsa que existia en el mundo. Sucedio casualmente que Mistress Steward conocia al oficioso caballero que comenzaba á terrorizar nuevamente á Rosa. "Yo no puedo engañarme, dijo Mistress, es la virtud y la modestia afligidas las que se pintan en esta graciosa figura." Rosa dió entonces un suspiro, y algunas lágrimas cayeron de sus ojos. Mistress Steward no titubeó mas, se adelantó,

y dijo en voz baja á nuestra desgraciada fugitiva: "si deseais libertaros de esa porcion de importunos, venid conmigo."

Rosa se sobresaltó: levantó los ojos para mirar á la persona que la dirigia palabras tan consoladoras, y vió las miradas de la benevolencia fijas sobre ella. La figura de Mistress Steward, sin ser tan bella como la de Rosa, no era menos interesante ni menos expresiva: un movimiento de simpatía arrastró mútuamente las dos personas, aunque se veían por la primera vez, y sin hablar Rosa palabra se apresuró á pasar su brazo al traves del que le ofrecia su nueva protectora.

La mayor parte de los curiosos conocian y respetaban á Mistress Steward, y así se alejaron politicamente; pero los jóvenes de cualidad afectaron no interrumpir sus observaciones de ad-

miracion, aunque tampoco se atrevieron á importunar á Rosa.

El Lord conde de Lodwer, que era el oficioso personage, cuya familiaridad acababa de causar tanto susto á Rosa, tenia una figura y unos modales bastante comunes; sin embargo él estaba tan satisfecho de sí mismo como si hubiese poseido las gracias de Adonis. La voz pública era de que Milord habia turbado la paz de muchas familias, y se habia encargado de la instruccion de gran número de jóvenes inocentes. Era miembro de muchos clubs de juego de Londres, habia disipado un caudal, y empeñado su patrimonio; pero de dos años acá se hallaba mas opulento que nunca, á causa de haberse casado con una rica heredera, enamorado de seiscientas mil libras esterlinas que formaban su dote.

"¡Cuánto os debo, señora, por la

generosa proteccion que acabais de ofrecerme, dijo Rosa á Mistress Steward luego que se vieron libres de aquellos importunos!" — "No hableis de eso, querida mia, respondió aquella amable muger, yo seria muy feliz si pudiese serviros: yo supongo que no conoceis la fuerza de los vientos que reinan en este país.... pero ¡ay Dios mio! exclamó ella viendo al Lord Lodwer, que se habia parado en el camino que creia iban á seguir: he allí ese malvado, ese Lord Lodwer, yo temo que vuelva á importunaros: venid á mi casa, querida mia, y mi esposo Mr. Steward os acompañará despues con mas seguridad que yo al parage donde vivais."

Rosa no pudo explicar su gratitud; y poco despues entraron en una casa sencilla, pero limpia y elegante, donde una porcion de niños vi-

nieron saltando á abrazar á su madre; la que despues de haberles dado algunas bagatelas presentó á Rosa á su marido.

Mr. Steward era bondadoso, sincero, algo atolondrado y un poco áspero, pero tenia un corazon excelente. Era hijo único de un caballero muy rico, que habitaba en el norte de Inglaterra, y sin cuyo consentimiento se habia casado con su amable muger. El viejo Steward y su esposa amaban un poco á sus hijos; pero en recompensa se amaban mucho á sí propios: le señalaron una pension, que era pequeña en comparacion de los muchos bienes que le pertenecian, é insuficiente para mantener su numerosa familia; mas sin embargo la extremada economía de su muger suplia este deficit. Mistress Steward, esclava de sus obligaciones domésticas, las

cumplia exactamente con un zelo infatigable, y podia ofrecer en todos sentidos un perfecto modelo á las personas de su sexo.

Luego que Rosa se sentó, Mistress contó á su marido el modo con que la habia hallado, y le habló de la grosería de los hombres, que habian rodeado á una jóven modesta con el único fin de divertirse á costa de su confusion.

Mr. Steward respondió ásperamente que no se admiraba de nada de aquello, y que si él hubiera encontrado un rostro como aquel hubiera hecho exactamente la misma cosa.

Mistress se sonrió, y con una dulzura encantadora intentó disculpar la franqueza impolítica de su marido.

Rosa atendia muy poco á esta conversacion, pues todos sus pensamientos estaban concentrados en su situacion actual.

La Providencia en un momento bien crítico la habia conducido á casa de dos personas respetables; esta era una ventaja inapreciable de que estaba resuelta á aprovecharse: la dificultad de recurrir á una proteccion extraña no era un reparo para la benevolencia de Mistress Steward: Rosa titubeó, enjugó las lágrimas, que á su pesar bañaban sus mexillas, volvió á dudar, y aplicó el pañuelo á sus ojos.

Los dos esposos se miraron: Mr. Steward estuvo por dos veces para romper el silencio; pero una mirada de su muger le detuvo.

Por fin Rosa con una voz trémula preguntó á Mistress si podria recomendarla en alguna casa decente, donde pudiese pasar únicamente dos ó tres dias.

Mistress Steward la miró con sor-

presa. "Yo conozco por vuestra pronunciacion, la dijo, que no sois de este país; pero una jóven con modales tan distinguidos como los vuestros hallarse errante, sola, sin proteccion ni asilo, permitidme que os diga que es cosa muy extraña." —"Sí, interrumpió Rosa, verdaderamente es extraño; pero dignaos creer que si no me hubiese animado vuestra mucha bondad, Dios sabe lo que yo hubiera sufrido antes de atreverme á pedir á una desconocida, que no me juzgue bajo el punto de vista que ofrecen apariencias tan poco favorables: ¡oh, señora! una alma como la vuestra debe ser superior á las preocupaciones; y yo me atrevo á asegurar con confianza, que vuestros hijos no serán mas inocentes á los ojos del Ser supremo que vela sobre el universo, que lo es esta desgraciada criatura...."

Rosa habia hecho un gran esfuerzo para hablar; pero el exceso de su dolor la impidió proseguir, y se anegó en llanto.

Mistress era bondadosa, sensible, indulgente; pero la prudencia la estorbaba recibir en su casa, ó recomendar en la de otro una jóven, cuyo carácter, costumbres y relaciones la eran totalmente desconocidos.

Mr. Steward con todas las buenas cualidades de su muger no tenia la de la prudencia. Se limpió los ojos, miró al rededor de sí, quiso decir alguna cosa; pero temiendo decir disparates, como sucedia frecuentemente, se levantó, y se fue hácia la ventana.

"¿No es el Lord Lodwer el que allí veo?" exclamó.

Mistress se acercó, y respondió que era el mismo. "Yo estoy inquieta por vos, dijo á Rosa: ese liberti-

no os acecha, y si vos sois inocente, vos. . ."—"¡Me acecha á mí!" exclamó Rosa, y corrió á la ventana, desde la que vió al mismo que la ofreció antes su proteccion. Él fijó sus miradas en ella, y la hizo una profunda reverencia.

"¡Dios mio! exclamó Rosa; ¡qué destino preside á mi deplorable existencia! ¿qué hado tan cruel hay para mí, pues cada suceso de mi vida está marcado con el cuño de una nueva desgracia? ¡Oh mi desgraciada é infeliz madre! al fin yo me hallo á tu nivel: pero ¡qué cabaña por despreciable que fuese no seria para mí un puerto seguro, si en ella pudiese estar al abrigo de los peligros que rodean mi triste juventud! Oh madama, yo os suplico me protejais solamente hasta que pueda vender mis ropas, salir de este país, y volver al lugar

donde mis desgracias me colocaron en la última clase de la sociedad civil; pero donde por lo menos jamas llegará la infamia. Por el nombre de Dios tened compasion de una persona de vuestro sexo; pensad que teneis hijas: ¡oh, no me abandoneis!..." — "¿Dónde estan vuestras ropas?" preguntó Mr. Steward con una voz trémula. "En esta casa" respondió Rosa presentándole el sobre de una esquela de visita dirigida á Mistress Buhanum." — "¡Mistres Buhanum! ¡buen Dios! exclamó Mistress Steward: vos sois seguramente su hija: vos sois la bella Miss Buhanum. ¿Por que habeis huido de vuestra madre? ¡quán feliz soy en haberos encontrado! yo soy vuestra parienta, querida mia: mi nombre cuando soltera fue el de Buhanum."

Rosa evito las caricias que Mistress Steward queria hacerla creyen-

do hablaba con Kattia ; y habiendo explicado brevemente la naturaleza de sus relaciones con aquella familia, añadió que habia salido de su casa de un modo tan desagradable, que era imposible que jamas volviese.

Aunque realmente Mistress Steward pertenecia á la familia de Buhanum, se hallaba colocada en una esfera demasiado humilde para que la hermosa viuda del Mayor se hubiese dignado tener relaciones con ella. Sin embargo, las disipaciones y gastos extravagantes de ésta eran demasiado conocidos, como tambien los efectos que debian producir estaban previstos por todo el mundo. Los mercaderes hablaban de ello á los letrados, éstos á sus amigos, y todos censuraban la conducta de ciertas personas que contraen deudas sin pensar en pagarlas. De este modo acaso Mistress Steward se ha-

llaba mejor instruida que la viuda misma del desórden de sus fondos, y lejos de reunir su voto á la admiracion general, de que gozaba Mistress Buhanum en todas las brillantes concurrencias de Edimburgo, no podia tener ni la mas pequeña consideracion con una muger, que llenaba con tan poca dignidad los deberes que la prescribia su posicion.

Mistress Steward tenia el mayor respeto al nombre de Buhanum, y conocia las aventuras domésticas de cada rama de aquella familia á que se gloriaba pertenecer. Habia oido decir hacía algun tiempo que una jóven, que se suponía ser hija natural del Coronel Buhanum, habitaba en Castle-Gowrand con las hijas del Mayor, y siempre dispuesta á recibir impresiones desfavorables contra la esposa de este último, que en todas ocasiones

se habia manifestado insensible al honor de tener un apellido tan antiguo y respetable, y por otra parte cediendo al impulso que le arrebataba hácia aquella jóven extraña, cuya interesante fisonomía la habia prevenido tan favorablemente desde su primera vista, no preguntó mas explicaciones á Rosa, para decidir que Mistress Buhanum era la culpable, y consintió en que fuese su marido con unos mozos á Holy-Rood á buscar las ropas de Rosa.

Volvamos ahora á hablar de Mistress Buhanum. El Doctor Cameron habia solicitado de ella una audiencia particular por dos veces distintas; pero la visita de Rosa y de Mr. Angus habia irritado demasiado á la viuda para que quisiese consentir en recibirle. Ademas de su indignacion contra la atrevida jóven, que viviendo bajo

su dependencia habia tenido el atrevimiento de salir sin sus órdenes, y hacerla conocer con tanta libertad su intencion de dejar la familia, tenia en sus manos pruebas tan convincentes del modo con que habia sido engañada por su marido y la muger del Burnseede, poseía una descripcion tan circunstanciada de la historia de la mendiga, y de las razones por qué se la habia ocultado la verdad, que sucumbió al exceso de su rabia, y se creyó la muger mas ultrajada. Como Rosa era entonces la única persona sobre quien pudiese recaer el peso de su venganza, se enojo con Mr. Frazer, porque la habia despedido sin hacerla sufrir el castigo que la ley debia imponerla.

Mr. Frazer no era mas humano que Mistress Buhanum; pero sabia mejor dominarse, y estaba sumamente

contento por haber confiscado á favor de la viuda los efectos de Rosa, que podian ser de algun valor, y haber evitado el pago de la manda. El modo que creyó emplear para conseguir estos dos fines fue (segun hemos visto) comenzar por el insulto, ejecutar despues el terror en el alma de su desgraciada víctima, y despues obligarla á salir inmediatamente de Escocia.

Él habia leido la carta de Eleonora antes de volver á Edimburgo; y no dudando que Rosa tuviese el mas vivo deseo de reunirse á su amiga, y huir de la ignominia del descubrimiento de su orígen, se apresuró á terminar el asunto con ella antes de que pudiese ver al Doctor Cameron, sin cuyo dictamen habia obrado en aquellas circunstancias.

Cuando llegó á Holy-Rood la carta de Rosa reclamando sus efectos,

Mr. Frazer y Mistress Buhanum se hallaban de encontrado dictamen. La viuda insistió en que no se le satisfaciese á aquella reclamacion: Mr. Frazer se sonrió, hizo una profunda cortesia, y salió de la sala, no como ella suponia para anunciar su negativa, sino para indagar el paradero de Rosa, y entregarla sus ropas.

Mr. Steward era mas conocido de Mr. Frazer, que éste lo era de él; pero como Frazer se portó con suma política, el otro creyó obrar con la misma: los efectos se entregaron á los mozos, y á poco rato se halló Rosa con todo lo que la pertenecia.

Apenas Mr. Steward acababa de dar cuenta de su comision, cuando entró Mr. Frazer sin aguardar á la ceremonia de pasar recado.

Conocia á Mistress Steward mejor que á su marido, y temia los con-

sejos que podia dar á la que acababa de refugiarse á su proteccion, y á la que él deseaba alejar de Edimburgo lo mas pronto posible.

Rosa se levantó, y pareció sorprenderse; pero no tuvo tiempo de entregarse á ninguna reflexion sobre aquella visita extraordinaria. Mr. Frazer entró inmediatamente en materia; repitió que ambas partes estaban interesadas en sepultar en el silencio el asunto de que se trataba, y por esto venia él á ofrecerla dinero para conducirla no solo á Carlisle, sino aun hasta Londres, con tal de que quisiese firmar la renuncia á todos sus futuros derechos sobre la herencia del Mayor.

Mistress Steward tomó la palabra para responder, y dijo con viveza: "no es conveniente que esta joven firme ninguna proposicion hecha por un le-

trado, sin que preceda la aprobacion de otro nombrado por su parte, y yo me encargo de llamar á uno con quien Mr. Frazer tratará de este negocio cuando gustáre.

Mr. Frazer se hallaba preparado á este ataque; pero como sabia que Mistress Steward era de la familia, y no ignoraba que el flanco de todos sus individuos era el orgullo, que resultaba de su nacimiento, procuró llamar su atencion respecto á la gloria de la familia, no dudando que por este medio le seria posible excitar impresiones que serian convenientes á sus miras. Contestó que no tendria ningun reparo en conferenciar con un letrado; pero añadió con cierta timidez, que si aquel negocio se ventilase en público dejaria un borron sobre la memoria del Mayor, que necesariamente alcanzaria no solo á su

familia, sino á cuantos tenian su apellido.

Los ojos de Rosa se inflamaron de indignacion, y los de Mistress Steward manifestaron igual sentimiento. "Yo no puedo creer eso," exclamó ella. — "Vos creereis lo que gusteis, respondió friamente Mr. Frazer; pero si Mr. Steward, despues de quitaros todo su afecto y confianza, trasladase sus afectos á otra muger, y se pusiese de acuerdo con ella para introducir una mendiga, una *pordioserilla* en su casa, bajo el título y nombre de su parienta, cuando probablemente no seria otra cosa sino hija de alguna de sus queridas, presumo que en semejantes circunstancias obrariais del propio modo que acaba de obrar la viuda del Mayor." — "Es imposible que todo eso pueda existir," dijo Mistress Steward. — "Sin embar-

go, replicó Frazer, nada he dicho que no sea la verdad en todos sus puntos."

Mistress Steward miró á Rosa; pero bañados los ojos de ésta en lágrimas, é inclinados al suelo, y su semblante abatido no desmentian á Mr. Frazer.

"¿Cómo han llegado á vuestra noticia todos esos pormenores?" preguntó Mistress Steward con impaciencia.

Mr. Frazer sacó de su bolsillo dos pliegos abiertos con el sobre al Mayor, y se los hizo ver á Mistress Steward diciendo: "he aquí mis pruebas:" pero antes de proseguir es necesario informar al lector del modo con que estas cartas se hallaban en manos de Mr. Frazer.

Cuando éste partió de Edimburgo para ir á terminar á Castle-Gowrand los negocios de la testamentaría, el

Doctor Cameron le habia pedido que visitase de su parte á su vieja pensionada Janet; pero la pobre criatura acababa de concluir pocos dias antes su existenciá, y habiendo encontrado la viuda Jonhston dos paquetes que Janet habia guardado siempre en su pecho, á pesar de la fuerza de un delirio, los conservaba cuidadosamente para entregárselos al Doctor Cameron. Entonces se los dió á Mr. Frazer, quien lejos de decir una palabra á su compañero, juzgó conveniente guardarlos, y sacar de ellos el partido que hemos visto.

Rosa, que enmedio de todas sus conjeturas no podia adivinar de qué modo se habia descubierto su desgraciada historia, levantó los ojos cuando Mr. Frazer hablo de las pruebas que posein, y se acerco á él con viveza.

"Yo sé quien sois, Mistress Steward, dijo Mr. Frazer, y por esta razon me atrevo á confiaros estos papeles. Ya veis, Miss Wilkins, que todos son de la letra del Mayor.... y éste...."

Pensando Rosa entonces en la catástrofe del Burnsèede infirió que sin duda los papeles se habian hallado entre las ruinas, se puso en puntillas, y alargó la cabeza por detras de la silla de Mr. Frazer en el momento que él decia *y éste*. .... Miro entonces por detras de su espalda, dió un grito, arrancó el papel de sus manos, y corrió temblando á un rincon de la pieza.

Asustado Mr. Frazer la siguió con precipitacion, temiendo que ella quisiese destruir las pruebas que tanto le convenian: y dudando Mistress Steward si la viva emocion de Rosa pro-

venia del exaltado sentimiento de su inocencia, ó de la confusion de algun delito, se levantó tambien por un movimiento involuntario.

Inflamado el rostro de Rosa por las emociones de la mas viva alegría, se puso de rodillas, y despues de algunos suspiros exclamó: "¡Ella vive! ¡ella vive! ¡la mas angelical, la mejor de las mugeres! ¡ella se ha librado de la destruccion! ¡Pero el Mayor! ¡oh, gran Dios! ¡él no ha sabido...! Dejadme ver sus amados caractéres: sí, ellos son de su propia mano...; ¡Querida y excelente muger! ¿dónde está ella? ¿dónde vive ahora....? ¡En Londres sin duda..! ¡Ah, dejadme partir...! Señor, yo acepto vuestras proposiciones, de cualquier naturaleza que sean: solo quiero respirar el aire que ella respira; ver sus miradas maternales, que se fijen en mi rostro;

oir sus virtuosos consejos; ser dirigida por ella; esto es lo único que deseo."

Mientras que Mr. Frazer desdoblaba el acta de renuncia, y contaba diez guineas, que calculó suficientes para el viaje de Rosa hasta Londres, dijo al oido á Mistress Steward: "hay todo fundamento para creer que esta muger del Burnseede es ciertamente su madre: ya veis qué extremado cariño la manifiesta." — "Extremado en verdad;" respondió Mistress con una mirada que tenia poca analogía con los sentimientos de Mr. Frazer; "pero *seguramente*, *Miss*, *no firmareis esta renuncia*;" y al decir esto cogio afectuosamente la mano de Rosa, que ya tenia la pluma. — "¿Y por qué no, madama?" dijo Mr. Frazer poniéndose colorado. — "Porque no consentiré jamas que en mi presencia y

en mi casa se obligue á una jóven á hacer cosa, cuya importancia no conoce. El Mayor puede haberla dejado una manda. . . ."—"¡Una manda! exclamó Rosa: es verdad que Mistress Bulhnum me dijo. . . ."—"Vos quereis, señora, segun creo, dijo Mr. Frazer echando á Mistress Steward una mirada, que expresaba reconvencion y enojo, vos quereis que la herencia de vuestro pariente pertenezca á una persona, cuyo carácter cuando menos es equívoco, y que esto sea en perjuicio de sus propias hijas."—"¡En perjuicio de sus hijas! exclamó Rosa: ¡con perjuicio de las hijas del Mayor! ¡Ah, nunca, nunca!"—"Ellas pierden así una parte de su patrimonio."—"¡Ah! dadme la pluma," exclamó Rosa con viveza, y firmó la renuncia, á pesar de las advertencias que Mistress Steward no

cesaba de hacerla.

Mr. Frazer con una alegría, que apénas podia disimular, pagó las diez guineas, se levantó, hizo una profunda cortesía á Mistress Steward, y se dispuso á partir sin responder á las severas miradas que ella lanzó sobre él, sino repitiendo sus protestas de que en este negocio no tenia mas interes que el de hacer justicia á los hijos del Mayor.

Luego que salió dijo Mistres Steward á Rosa: "Si no estais bien cierta de encontrar en Inglaterra no solamente amigos verdaderos, sino ricos, por lo menos ahora acabais de firmar vuestra propia ruina."

Rosa estaba demasiado convencida de la justicia de su motivo para arrepentirse del sacrificio que habia hecho; y mientras que Mistress Steward se sentó para leer los papeles que Mr, Frazer le habia dejado, ella empezó

á recorrer la carta de Mistress Walsingham, que siempre parecia ser para ella un manantial de alegría y de consuelo. Esta carta estaba bajo un sobre del Mayor, y contenia lo que sigue,

"Cuando os despedisteis de mí esta noche, mi digno amigo, estabais demasiado exaltado para conocer esta especie de sensacion, que varias veces habeis considerado como el preludio cierto de alguna pena, sin preveer sin embargo el motivo ó la época cierta de ella; pues yo no dudo, mi querido Mayor, que experimentareis un dolor muy sensible cuando recibais esta carta, quizás la última que os escribirá vuestra desgraciada amiga. Si los estragos de la tempestad os impiden venir mañana á visitar la tranquila mansion del Burnseede, he da-

do órden para que os lleven ese paquete de cartas, y que no le entreguen sino *en propia mano.* Entonces yo me hallaré algunas millas distante de vos, y ocupada en llegar al fin de mi largo viaje.

»¡Por qué fatalidad no he podido instruiros esta noche de los principales sucesos de mi desgraciada historia! Debo confesar que un fuerte presentimiento, de que no os volveré á ver, oprimia mi corazon, y turbaba mi espíritu. ¡Cuántas calamidades he sufrido desde que existo! ¡quién puede preveér las que me esperan! una misteriosa y terrible nube envuelve mi destino, y oculta puede ser el rayo que debe aniquilarme.

»¡Ah, Mayor! cuando atraveseis los bosques del Burnseede, y entreis en la casa donde Donald, tiene órden de recibiros: cuando contempleis al tra-

vés del velo trasparente las blanquizcas peñas tantas veces bañadas con mis lágrimas, ¿no os acordareis de vuestra amiga? ¡Ah! sí: yo estoy segura de que pensareis en ella..... Yo quisiera abriros mi corazon, haceros conocer si la suerte (que siempre me ha perseguido) no me obligará á salir de Londres, donde ahora me dirijo. ¡Ah! si yo debo buscar todavia un asilo en cualquier parage aislado de este mundo, yo os lo participaré: sí, mi digno amigo: entonces acaso no me restará mas consuelo que vuestros avisos y vuestra correspondencia; pues podré decir como Lady Randolphe en nuestro admirable Home:

"Si algun ángel despues de haber »abierto á mis ojos el libro de la Pro»videncia me hubiese permitido leer »mi suerte, mi corazon se hubiera

»despedazado viendo la suma incal-
»culable de desgracias que una des-
»pues de otra debian asaltarme."

»Los sucesos de mi vida son tan extraordinarios, tan misteriosos é inciertos, que no me determino á escribiros los detalles. Yo acompaño en un paquete cerrado la historia de la amable criatura que habeis tomado bajo vuestra proteccion: ¡ojalá vuestros pronósticos acerca de ella se vean cumplidos! Pero tened cuidado de ocultar exactamente estos papeles; pues habiéndola alejado de todas las personas que conocian los primeros hechos de su infancia, podrán serviros cuando se trate de aclarar las circunstancias sobre que hubiese algunas dudas.

»El otro paquete contiene varias cartas sobre un asunto mas interesante, y que os toca mas de cerca. ¡Ojalá no exista el, mi querido Mayor, y en-

tonces no tengais ocasion de echar de menos á una amiga sincera, que siempre ha recibido con el mas tierno interés el deposito de vuestra confianza.

»Vuestra amistad, Mayor, ha sido el consuelo de muchos tristes años de mi vida: yo veo el sello de vuestra alma sublime en cada línea que me habeis dirigido. No puedo empeñarme en destruir las pruebas de un testimonio tan puro, honorífico y delicioso; pero tampoco me atrevo á conservarlas conmigo en las circunstancias en que me hallo. Recibidlas, pues, mi amigo, como un depósito muy grato á mi corazon, y como una señal de mi confianza y estimacion. Si alguna vez disfruto algun sosiego, os pediré que me las restituyais: sí; cuando el dispensador de la justicia eche una ojeada de misericordia sobre esta infeliz criatura, ella se dará á

conocer. Rosa, amable hija, consolad á mi amigo, y si como yo preveo no le vuelvo á ver, decidle que el fin de una desgraciada existencia es en sí mismo una felicidad: y que el momento que libre á mi triste alma de la prision en que se halla, será el único en que gozaré de la paz, que siempre he desconocido: si él es mi verdadero amigo, entonces debe alegrarse en vez de afligirse.

»Mi buena Rosa, encantadora y dulce criatura, si yo debo volverte á ver, y estrecharte contra mi corazon, será en circunstancias en que pueda probarte hasta qué punto llega la estimacion que hago de tu carácter y de tus virtudes. Mi hermosa Emma, mi cariñosa y viva Jessy, ¡cuán amadas me sois en este momento! No olvideis nunca á la desgraciada habitante del Burnseede, que

en adelante no será conocida bajo el nombre de

E. Walsingham."

Lejos de disminuir el interés de Mistress Steward hácia Rosa la lectura de las cartas del Mayor, aumentó por el contrario nuevas fuerzas, participó de los sentimientos de aquel hombre respetable, y aprobó su humanidad. Sin embargo las ideas que habia concebido sobre el nacimiento de Rosa le parecieron contrarias á todas las probabilidades, segun los detalles que acababa de examinar; pero la pobreza no era jamas un crímen a los ojos de Mistress Steward: ella miró á Rosa con compasion, dobló sus cartas, y expresó otra vez el pesar que la causaba que hubiese puesto la firma que Mr. Frazer habia obtenido con tanta sutileza.

Rosa recordó entonces el perjuicio que su negativa hubiera causado á la fortuna de los hijos de su respetable amigo, y suplicó á Mistress no la hablase de una accion, que su deber la habia prescrito. En seguida se empleó vivamente en arreglar sus efectos: separó los que eran necesarios para el viaje, y se decidió á cambiar los restantes por la diligencia.

Mr. Steward, con suma mortificacion de Rosa, no pudo encontrar un asiento en el coche de Londres, que debia partir al dia siguiente; pero él y su muger la manifestaron tal afecto, que se sujetó á una dilacion, que no debia producir otro inconveniente que el de aceptar el asilo que la ofrecian aquellas dos personas, á quienes debia tantos favores.

"Ahora bien, dijo Mistress Steward, como debeis permanecer aquí

dos dias mas, presenciareis la apertura de las vacaciones."

Con la agradable seguridad de verse Rosa pronto en Londres, donde estaba Mistress Walsingham, y donde si no hallaba á Eleonora, al menos contaba con encontrar noticias suyas, no tuvo que reparar en asistir á un espectáculo, que Mistress Steward aseguraba ser la cosa mas bonita del mundo. En este intervalo escribió una larga carta á Eleonora llena de expresiones, pintando la alegría que experimentaba, creyendo próxima su reunion; pero cuando quiso poner el sobre conoció que ni Eleonora ni Betty habian puesto fecha en sus cartas, y que la cubierta en que ambas venian se habia perdido en casa de Mistress Buhanum; y así no tuvo mas recurso que dirigir su respuesta bajo el sobre del Doctor Croack.

CAPÍTULO VIII.

La bella viuda del Mayor Buhanum y su amador Mr. Frazer no pensaban del mismo modo sobre la conducta que debia tenerse con Rosa; y mientras que Mistress arreglaba el plan á su modo, Frazer se aplaudia de haber excluido la protegida de su difunto amigo no solo de los derechos presentes á la testamentaría, sino de todos los que en adelante hubiera podido hacer valer en la herencia del Coronel.

Con el deseo de consagrar Mistress Buhanum una parte de aquel dia á los negocios y á Mr. Frazer, habia permitido que Kattia comiese fuera, y ella se empleó en recorrer la ciudad para comprar lo necesario para la funcion de apertura de vacaciones. El

corazon de la orgullosa madre estaba lleno de sentimientos por las supuestas injurias que creia haber recibido de su esposo; y mientras escogia los adornos para la bella Kattia se dignó tomar por confidenta de sus desgracias á la modista, que media las cintas que habia comprado en su tienda. La habló de cuanto habia sufrido con la mayor paciencia por la conducta del Mayor durante su vida, y concluyó contándola muy por menor la historia del nacimiento y educacion de Rosa Wilkins, miserable mendiga, que habia sido admitida en Castle-Gowrand bajo el nombre de parienta de los Buhanum, y con derecho á una parte considerable de la herencia del Coronel Walacio Buhanum.

El modo especioso con que dió valor á sus supuestas intrigas le habia sido enseñado por Mr. Frazer, que

poseyendo á fondo el arte pernicioso de dar á cada cosa el color oportuno á sus intereses, habia asegurado á Mistress Buhanum que la carta del Coronel solo era una astucia del Mayor, que esta muger del Burnseede debia ser necesariamente la mendiga que desde luego habia abandonado la niña, persuadiendo despues al Mayor que la adoptase. En una palabra, Mr. Frazer sacando partido á su modo de las notas contenidas en los papeles del Mayor, comunicó todos sus descubrimientos á la viuda, quien habiéndolos recogido con ansia en su memoria, los repitió fielmente á la tendera, en cuya casa se hallaba; y concluyó diciéndole buenamente que habia despedido á la mendiga.

Mistress Buhanum siempre habia sido una excelente parroquiana de la casa en que hablaba. El marido de

la tendera, que presenció la conversacion, manifestaba en todas ocasiones el mas profundo respeto y atencion á las hermosas damas que pagaban sin examen las exorbitantes cuentas que de cuando en cuando enviaba á sus tocadores.

Llamábase Mr. Giblet: habia empezado su carrera en el mundo por una bancarrota; despues se habia hecho banquero, y quebró; luego fue mercader, y tambien quebró. Durante el intervalo de estas diversas quiebras tuvo necesariamente grandes relaciones con los abogados y procuradores. Entonces se hallaba por segunda vez con tienda abierta, y por providencia habia hecho seguir á su hijo mayor la carrera de procurador, á fin de que si volviere á hallarse en otra quiebra, pudiese evitar á lo menos el gasto que ocasiona la gente de curia.

Apénas Mistress Buhanum hubo acabado su relacion patética, cuando Mr. Giblet saludándola respetuosamente, dijo que estaba encantado de verla cada dia mas bella y mas robusta, y que tambien se alegraba del próximo matrimonio de la encantadora Miss Kattia con el honorable Mr. Angus; pero que sentía que una muger de su clase hubiese tenido tanto que padecer por causa de la muchachuela que, decia; mas que sin embargo se tomaba la libertad de preguntar, si seria necesario incluir la cuenta de Rosa en la de la familia.

"¡Su cuenta! dijo Mistress: ¿qué cuenta teneis con ella?" — "Solamente la de su luto", replicó Mr. Giblet. "En verdad, exclamó Mistress, que yo no puedo pagar su luto."

Mr. Giblet se inclinó profundamente, y salió sobre la marcha.

Mr. James Giblet, su hijo, era uno de los mas bribones y mas ignorantes procuradores de Edimburgo. Si en su sabiduría resolvia emprender ó despreciar un negocio, nunca pensaba en si *debia* ó no *debia*, *podia* ó no *podia* hacerlo. Rosa era verdaderamente bella, inocente y perfecta; pero la juventud, la inocencia, y aun la belleza no tenia ningun poder sobre la ferocidad salvaje de un corazon vil como el de Mr. James Giblet, cuando el interés ó la venganza eran sus móviles.

Él habia oido decir que Miss Kattia Buhanum iba á casarse con el honorable Mr. Angus; y como éste era de un rango distinguido, y poseedor de muchas riquezas, dos ventajas de que hacia tanto caso como Mr. Alejandro Frazer, conocio sobre la marcha de que modo debia hacer la corte á la viuda.

Las suaves leyes de Escocia no determinan el arresto de la persona sino en el caso de que el acreedor jure que su deudor está para salir del país. Tal juramento, falso ó verdadero, produce entonces un auto definitivo, que manda á la parte demandada no ausentarse hasta que presente fiador. Esta ley no ofrece ningun inconveniente á los habitantes de Escocia; pero es muy gravosa al que no posee ningun conocimiento en aquel país; es decir, que esta ley protege á los naturales, y persigue á los extrangeros.

Mr. James Giblet precedido por dos satélites, sus amigos, se encaminó á la nueva morada de Rosa, y se quedo abajo mientras los otros subieron, é interrumpieron á Mistress Steward en medio de un discurso que hacia probando la imprudencia que

habia cometido en firmar con tanta precipitacion el acta de Mr. Frazer.

Los hombres se acercaron á Rosa: Mr. Steward habia salido, y su muger fuera de sí explicaba á su desgraciada huéspeda la naturaleza de aquella visita.

"Yo no puedo comprender una palabra, dijo Rosa temblando: yo creia que el papel que firmaba me desprenderia de toda obligacion con Mistress Bunanum."

Los hombres respondieron, que no sabian nada de Mistress Buhanum, ni de aquel papel de que los hablaba, y que únicamente exigian la certeza de que no se ausentaria de Edimburgo.

"¡Que yo no salga de Edimburgo! exclamó Rosa: yo quiero marchar: mi asiento está tomado para el miercoles, y todo el mundo no será capaz de detenerme." — "Sea en buen hora,

respondieron ellos ; pero nosotros no os perderemos de vista hasta que hayais pagado vuestras deudas. "

Mistress Steward se halló sumamente confusa : su afecto á Rosa se aumentaba con las desgracias de que la veia acometida ; pero no se atrevia á hablar á ninguno de sus amigos en favor de una forastera, cuya historia bien pronto se haria la conversacion general de la ciudad.

Rosa no conocia á nadie, y así no podia reclamar ningun auxilio ; pero habiendo comprendido que la asignacion no venia por parte de Mistress Buhanum, pidio suspirando que la enseñasen la cuenta.

" No podemos enseñárosla, respondieron los hombres ; pero Mr. Giblet, que nos aguarda á la puerta, debe traerla consigo. "

Mr. James, que habia oido la con-

versacion, entró, y presentó á Rosa la cuenta de su padre, y ella quedó agradablemente sorprendida viendo que no ascendia sino á seis libras esterlinas y diez eschelines, con otros veinte por las costas. Pagó inmediatamente con el dinero que habia recibido de Mr. Frazer, y el procurador se retiró seguido de sus dos ministriles.

"Ahora mi querida Mistress Steward, dijo Rosa, es necesario que venda mis ropas para ir á Londres."

La Steward lloró. Entonces justamente se hallaba concluyendo el tercio de su pequeña renta, y no podia hacer préstamo alguno por la mas justa causa; es decir, porque no tenia una moneda. Así pues se abrieron de nuevo las maletas de Rosa, para examinar atentamente uno tras otro los efectos que contenia.

Todas sus bellas murselinas, sus

encajes &c., se encontraron muy usados, y aun rotos, por haberse servido de ellos Mistress Buhanum y su hija; y así valian ya muy poco, y los vestidos mas comunes habian sido usados por la misma Rosa. "Yo recelo mucho no hallar cosa de que se pueda sacar partido", exclamó dolorosamente Rosa; pero en aquel momento clavó la vista en una caja, que no habia abierto mas de un año hacia, y donde estaba guardado un relox descompuesto de oro esmaltado, y una cadena que en otro tiempo la habian presentado de parte del Coronel.

Este descubrimiento era un tesoro, cuyo valor conocio Mistress Steward, y su corazon respiro de nuevo sobre la suerte de su joven huéspeda. Rosa volvio á empaquetar sus ropas, y se reunio á aquella muger excelente para hablar con ella de la funcion que

debia hacerse al dia siguiente.

Rosa acababa de cumplir los diez y ocho años, y á esta edad la esperanza de una funcion es un asunto importante; ademas de que si el propio Mayor Buhanum hubiese existido, no pudiera haber empleado colores mas vivos para pintar la belleza de Edimburgo aquel dia, que los que uso su hermosa parienta Mistress Steward.

En efecto seria dificil describir, ni aun comprender el brillante espectáculo que ofrecia el camino de Leith durante la apertura de las vacaciones. La cantidad de elegantes carruages llenos de damas adornadas con el mayor gusto, y cuya fisonomia está animada por la alegria y el placer; la gallardia de los ginetes; la porcion considerable de gentes que á pie se presenta por todas partes; la reunion

de estos hombres industriosos de la clase inferior del pueblo, que bajan de sus caramanchones para mezclarse alegremente entre los que son mas afortúnados ; la gran porcion de niños, que colocados por el cuidado de sus madres en las alturas de las colinas, y no teniendo en sus cabezas otro adorno que un gorrito blanco como la nieve, parece desde lejos un jardin de azucenas; el circuito que corren los coches á las orillas del océano; la ojeada magestuosa que presentan las tierras de Fife, hasta las orgullosas montañas, cuyas cimas se pierden en las nubes; las ligeras barcas que vagan sobre las ondas á impulsos de una ligera brisa de la mar; las gradas que contienen un sin número de espectadores; y en fin, la reunion de todas las clases y condiciones ofrece un espectáculo encantador y sublime, que



excede á cuantas descripciones pueden hacerse.

Mistress Steward habia alquilado un coche, y Rosa, aliviado su corazon con la esperanza de reunirse bien pronto á sus amigas de Inglaterra, se entregaba con placer al espectáculo que le ofrecia su vista, y no podia dejar de admirar una perspectiva tan nueva, tan magnífica y pintoresca.

El Doctor Cameron pasó por dos veces por delante del coche de Mistress Steward: la primera quedó sin gana de hablar á Rosa por la ojeada de desprecio que ésta le dirigio; y la segunda experimentó demasiado despecho para exponerse á la misma acogida.

Nuestra pequeña sociedad se retiró á su casa muy contenta del dia. Por la noche Mr. Steward entregó á Rosa once guineas de la venta de su

relox roto, y las dos amigas despues de haber hablado de lo que acababan de ver, se retiraron hasta la mañana siguiente.

Fatigada Rosa de las penas y sobresaltos de los dias anteriores, cayó bien pronto en un profundo sueño, y durmio pacificamente hasta las cinco de la mañana, hora en que el sosiego de la familia fue perturbado por los golpes repetidos del aldabon de la puerta.

Rosa despertó asustada, corrió á la ventana, y oyo el acento de una voz que le era demasiado conocida, y que expresaba los sentimientos del dolor mas profundo. Rosa miro atentamente, se froto los ojos, y se convenció enteramente de que veia á Mistress Buhanum, que con el acento de la desesperacion la suplicaba la recibiese en la casa. Traia suelto el ca-

bello, desordenados sus vestidos, y su hermoso rostro desfigurado por el dolor que en él se pintaba.

"¡Oh! exclamó ella juntando sus manos, Miss Buhanum, mi buena Miss Buhanum, no aumenteis mi desesperacion. Por amor de Dios decidme si Kattia, mi querida, mi encantadora Kattia está en vuestra compañía: decidmelo por amor de Dios, yo os amaré, yo rogaré por vuestra felicidad mientras me dure la vida." Entonces la desgraciada madre cayó de rodillas delante de ella.

Antes que Rosa hubiese podido responder, Mistress Steward, que se habia levantado, y que siempre estaba temblando por el honor de su familia, se apresuró á recibir á Mistress Buhanum en su casa. La decia que sin duda Kattia habria ido á hacer algun viagecillo con las personas, en cuya

compañía se hallase, sin pedirla permiso. Mistress Steward no estaba interiormente convencida de esta probabilidad; pero temiendo que las exclamaciones que el dolor maternal arrancaba á la viuda no llegasen á los oidos de los vecinos, y proporcionasen materia á anécdotas deshonrosas para el apellido de Buhanum, se esforzo á consolar á una muger, á quien siempre habia despreciado.

Cuando Rosa se reunió con ellas, todo el resentimiento de Mistress Buhanum, sus preocupaciones, su ódio se hallaban cubiertos con el sentimiento de su dolor: veía delante de sí á una joven e interesante muchacha, á quien habia expuesto por su injusticia á todas las desgracias, que tal vez por su conducta loca e inconsiderada estaba entonces sufriendo Kattia. No atreviendose á preguntar de nuevo lo

que temblaba saber, miró á la puerta, y entregándose despues á un terror frenético, llamó á Kattia, su querida, su barbara Kattia, y la suplicó que volviese á su desgraciada madre.

"¡Oh, Miss Buhanum, exclamaba, perdona mis persecuciones, ten piedad de mí! dime, respóndeme prontamente ¿donde está mi Kattia? ¡Ah! dime si está contigo."

Si todo el sentimiento de enemistad se habia ahogado en un corazon tal como el de Mistress Buhanum, ¿cuánto mejor no debia borrarse en el de la amable y compasiva Rosa? Todas las hijas del Mayor Buhanum la eran queridas; y si experimentaba una amistad menos viva por Kattia, que por sus hermanas, la tierna solicitud que su respetable padre la manifestaba era suficiente para inspirar el mismo sentimiento en su favor. Una muchacha

tan jóven, tan agraciada marchar así, abandonar voluntariamente la proteccion maternal, era un suceso tan incomprensible para ella, tan cruel para Mistress Buhanum, y tan peligroso para la misma Kattia, que Rosa no tenia palabras para expresar sus sentimientos y sus temores. Se sentó con un dolor silencioso cerca de Mistress Buhanum, que en la exaltacion de la desesperacion se arrojó al cuello de Rosa, y lloró amargamente sobre su pecho.

Mistress Steward, en la apariencia mas tranquila, aunque no menos sobresaltada, se esforzó á calmar la violencia de un dolor, que por otra parte juzgaba demasiado fundado.

La desgraciada viuda la contó poco á poco, que Kattia y ella habian recibido un convite de Mistress Maxwel, para pasar el dia en su casa, donde

deramente terribles. Kattia era naturalmente bondadosa, aunque casquivana: no podia inspirar á nadie un sentimiento desfavorable; pero el peligro de su situacion la hizo mas querida de Rosa, y su corazon participó de las angustias maternales de la infeliz viuda.

"¡Kattia! exclamaba ella, ¡querida y cruel Kattia! ¿por qué, o para qué has dejado á tu madre?"

"Mi consuelo, mi orgullo, mi encantadora hija: ¡ay! ¿donde estará ahora? en efecto, ¿puede haber tenido la barbaridad de abandonarme?"

Estas exclamaciones iban acompañadas de un torrente de lágrimas, mientras que llorando Rosa con ella se esforzaba á pronunciar algunas palabras, que interrumpian sus suspiros.

Sin embargo Mistress Steward repetia que era preciso sepultar aquello

en el secreto, y Rosa pensó lo mismo. Experimentando entonces Mistress Buhanum la sensacion tan natural en el dolor, que es buscar apoyo en las mismas personas que no tienen modo alguno de consolarnos, suplicó á Mistress Steward que tuviese la bondad de acompañarla á su casa.

"¡Oh! Miss Buhanum, añadió, yo temo pediros el mismo favor: que el cielo me perdone la bárbara conducta que con vos he tenido.... ¡Cuánto he trabajado estos dias para completar vuestra ruina! ¡Oh, Kattia, Kattia! si me hubieses quitado la vida, hubieras sido menos cruel."

El desprecio de Mistress Steward á la viuda del Mayor habia desaparecido á vista de la compasion que inspiraba; pero la confesion involuntaria que acababa de hacer la hizo experimentar un cierto horror á ella,



Si hubiese creido penetrar los decretos de la Providencia como Mistress Buhanum y Mr. Frazer, cuando supieron que la destruccion del Burnseede era una venganza particular del cielo, hubiera considerado todos los tormentos de la viuda como una distribucion terrible de la justicia divina. De cualquier modo que fuese, y á pesar de la poca inclinacion que sentia hácia ella, continuó en prodigarla sus atenciones por respeto á su apellido, y deseando con ánsia emplearse en los medios de ocultar á todo el mundo la imprudencia de Kattia, convidó á Rosa á sostener los vacilantes pasos de Mistress Buhanum hasta su casa.

"¡Cómo! ¡no ha habido noticias! ¿no se ha sabido de mi hija?" preguntó Mistress Buhanum con una voz tremula viendo á su camarera. — "Se-

ñora, Miss Emma se ha desconcertado la muñeca, cayendo en la escalera."—"¿Y qué tenia que hacer en la escalera? preguntó Mistress Buhanum: ¿dónde iba? ¡esa niña es un tormento eterno para mí...! ¡Oh, mi querida Kattia...!"—"Emma, dijo la camarera, corria tras de vos: habia oido decir que llorabais, y quiso seguiros para consolaros."—"¡Consolarme! ¡ay! ya no hay consuelo para mí. ¡Oh, querida y cruel Kattia!"—"El Doctor Cameron, dijo la camarera, acaba de componer la muñeca á Miss Emma, pues le hemos enviado á llamar inmediatamente."

Desde el principio de esta conversacion habia salido Rosa para ir á ver á Emma. El Doctor se apartaba precisamente de la cama en el momento en que ella entró. Él habia oido hablar de su partida de la casa de Mis-

tress Buhanum, y este paso dado sin ningun motivo plausible á su parecer, con tanta precipitacion, sin dignarse consultarle, ni informarse de sus intenciones, le era infinitamente mas sensible que si hubiese recibido una injuria. Se detuvo en silencio viendo pasar á Rosa, que por delante de él corrió á abrazar á Emma, y en seguida salió precipitadamente del cuarto.

Apénas hubo cerrado la puerta, cuando se detuvo de nuevo. Su corazon palpitaba con violencia: se acordó de la mirada de Rosa, cuando pasó por delante de su coche, y aunque estaba bien cierto de que jamas la habia ofendido, pensó que no era sin motivo su conducta, y decidido á pedirla una explicacion entró de nuevo al cuarto.

Despertando Jessy á los gritos de su hermana, se mantuvo temblando

sentada en su cama hasta el momento en que Rosa entró, y entonces se arrojó llorando á abrazarla.

Emma cogió entre sus manos la de su jóven aya, ínterin que la almohada que sostenia su cabeza estaba mojada con sus lágrimas.

Rosa no podia llorar: se sentó con un dolor silencioso junto á la cama, y volvió los ojos á Emma con una expresion inexplicable.

El Dr. Cameron se enterneció vivamente con esta escena: se adelantó, retrocedió, movió varias veces los labios, y apénas pudo pronunciar palabra.

Por fin dijo: "¿Qué os he hecho yo, Miss Buhanum? ¿por qué estais ofendida, ó por qué me tratais de ese modo? ¿he merecido que dejeis á Mistress Buhanum.... que *me* dejeis sin instruirme de adónde íbais, y lo que queriais hacer?"

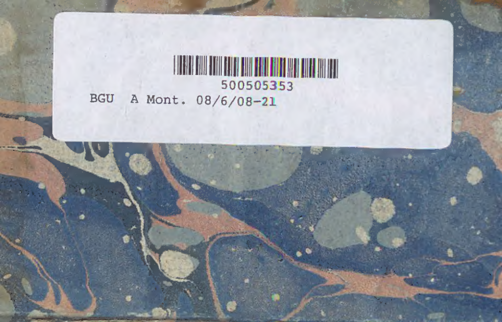
"¿Con que por fin sabeis que yo he dejado á Mistress Buhanum?" replicó Rosa con una voz de yelo.—"¿Cómo lo hubiera sabido, respondió el Doctor, si las dos niñas no me lo hubieran dicho?"—"¿Pues qué, señor, no obrais de acuerdo con Mr. Frazer?"—"No: yo jamas he obrado de acuerdo con él en cosa que pudiese interesaros."—"¿Con que no habeis firmado mi cuenta, la cuenta de Rosa Wilkins?"—"¡Rosa Wilkins....! ¿De quién hablais? ¿qué cuenta es esa?"—"¿No me habeis alquilado vuestra silla para el viaje de Castle-Gowrand á Edimburgo?"—"¡Yo alquilar mi silla á Miss Buhanum!"—"Señor, sin duda que vuestra intencion es burlaros de mí dándome un nombre, al que sabeis no tengo ningun derecho."—"Por Dios, Miss: vos delirais, ó quereis volver-

me loco." — "Señor, ¿no estoy yo acusada de impostora?" — "En verdad que ahora empiezo á conocer que mereceis esa acusacion." — "¿No soy yo indigna de vuestra atencion?" — "¡Oh! en esto se encierra algun diablo," exclamó el Doctor fuera de sí mismo. — "Muy bien, señor, dijo ella; pero dirigios á Mr. Frazer: yo estoy cierta de que él no dejará de satisfacer vuestra curiosidad." — "¿Mr. Frazer decis? ¿el puede darme alguna luz sobre este maldito laberinto? muy bien: él me la dará sobre la marcha; y al decir esto corrio á la puerta, y la abrio con una violencia tal, que sorprendio á Rosa, y asustó á Emma y á Jessy.

FIN DEL TOMO IV.

ÍNDICE
DE LOS CAPÍTULOS
QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO IV.






OBRAS
DE
BENNET
8
MONT. 8
6 | 15


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm